

BANCES CANDAMO, FRANCISCO (1662-1704)

*EL SASTRE DEL CAMPILLO*

ÍNDICE:

ACTO I  
ACTO II  
ACTO III

PERSONAJES

ALFONSO, rey niño.  
DOÑA BLANCA.  
DON MANRIQUE DE LARA.  
DOÑA ELVIRA.  
EL REY DON FERNANDO.  
CASILDA.  
NUÑO ALMEGIR.  
MARÍN, criado.  
EL CONDESTABLE.  
GIL POLO.  
UN CAPITÁN.  
FORTUN.  
JUAN PRIETO.  
SOLDADOS.  
ALCALDE, VEGETE.  
MÚSICOS.

La escena es en el Campillo y en S. Esteban de Gormaz.

ACTO I

*Escena I*

Decoración de Montz.

Tocan cajas y clarines, y en diciendo dentro los primeros versos, sale atravesando el tablado NUÑO ALMEGIR, viejo venerable, armado, con calzas atadas, y traerá en brazos al rey don ALFONSO niño.

ALFONSO

(Dentro.)

¡Ay de mí!

TODOS

(Dentro.)

Traición, traición.

CONDESTABLE

(Dentro.)

Seguid todos al aleve  
sin dejar en todo el monte  
(si acaso en él se guarece)  
tronco que no se examine,  
rama que no se penetre.

TODOS

(Dentro.)

Arma, arma

OTROS

Traición, traición,

TODOS

Al risco, al valle, a la fuente.

(Salen ALFONSO y NUÑO.)

ALFONSO

¡Ay infelice de mí!

NUÑO

Vuestra majestad modere  
su pena, señor, que yo,  
como a mi rey, inocente,  
libré de una tiranía,  
no temo luego la muerte.

*Escena II*

Sale el condestable y soldados, acuchillando a Manrique y a Marín, y vendrá armado, y calada la visera, y después don Fernando.

CONDESTABLE

Seguidlos.

MANRIQUE

No es eso fácil  
que hasta tanto que se aleje,  
en defensa de su vida  
seré muralla viviente.

MARÍN

Y yo, que tengo en mi espada  
más que una mula reveses.

CONDESTABLE

Leoneses, matadlos, mueran.

MANRIQUE

Pues ya miro, que se ausente  
Nuño Almegir con el rey,  
eso ha de ser de esta suerte.

(Vase.)

MARÍN

Un pleito sin blanca sigue  
cualquiera que me siguiere.

(Vase.)

CONDESTABLE

¡Ah cobardes!

(Al seguirlos, sale don Fernando rey de León.)

REY

¿Qué es esto?

CONDESTABLE

Antes, señor, que lo cuente,  
deja que mi furia vaya  
en alcance de un rebelde,  
que lleva al rey de Castilla,  
hurtado, de entre tu gente

REY

¿Qué escucho? Síganle al punto  
cuantos montados hubiere  
del batallón de mis guardas.  
¡Ah castellanos alevés!  
¿Éstas son vuestras palabras?  
¡Un volcán el pecho enciende!

CONDESTABLE

Vamos en tu alcance, y nada,  
voraz mi saña reserve.

REY

Noble Fernán Ruiz de Castro,  
quedaos vos, para que quede  
en vos, quien de esta traición  
me dé la noticia.

CONDESTABLE

Atiende:

generoso rey Fernando  
de León, a cuya frente,  
Castilla, fecunda tantas  
vegetables esquivaces;  
apenas hoy al Campillo  
llegamos, donde tus huestes  
inundan esas campañas,  
cuando del monte descenden,  
en un piélago de plumas,  
que espumas volantes mueve,  
cuando salieron de Soria,  
cuyos altos capiteles,  
del cadáver de Numancia,  
pirámides eminentes  
son, cuyas ruinas caducas,  
melancólicas, contienen  
mudos, tristes epitafios  
que con los ojos se leen;  
bien, que aún vence el estrago,  
pues en su contraria suerte  
una lástima se erige  
donde un cimiento fallece.  
Salieron de Soria, digo,  
con ostentación alegre,  
los concejos de Castilla,

los prelados y maestros  
a entregarle al rey Alfonso  
(¡ah fortuna! Lo que puedes)  
pies quedando en tiernos años  
huérfano, a ti te compete,  
por pariente más cercano  
su tutela, y que gobiernes  
a Castilla, en tanto que él  
a edad más adusta llegue;  
y aunque antes lo rehusaron  
por no sé qué inconvenientes  
de política, temiendo,  
que intentase vanamente  
introducirte a su reino  
(porque tal vez, en fin, suele  
librarse una tiranía  
de una verdad aparente)  
o de tu razón instados,  
o de el derecho que tienes;  
pues como son las campañas  
tribunales de los reyes,  
no deja de ser razón,  
razón que por fuerza vence;  
te hicieron pleito homenaje  
de entregar solemnemente  
a su rey en este sitio,  
mas cuando al efecto vienen,  
cuando a salvas, y no a choques,  
a su vista hicimos frente,  
cuando en el campo formaban,  
en hileras diferentes,  
movibles calles de acero  
las picas y los arneses.  
Al llegar (¡ay de mí!) ¿cómo  
repetirlo el labio puede  
sin ser dogal que me ahogue  
cada palabra que aliente?  
Al llegar con esta pompa,  
donde a las hondosas sienas  
del río, que ara estos campos,  
es yugo de piedra un puente,  
llegó un castellano osado  
(¡o cuánto emprende el que emprende  
discurrir acción que apenas  
ejecutada se cree!)  
llegó un castellano en fin,

y cogiendo al inocente  
rey en sus brazos, en tanto  
que otros su fuga defienden,  
subió en un veloz caballo,  
que en su ligereza quiere  
darnos a entender que astuto  
se vistió el viento de pieles;  
ardiente huracán herrado,  
tan veloz desaparece,  
que de seguirle mirando,  
cansada la vista vuelve.  
Esto, en fin, es lo que pasa,  
y agradecérselo debes  
a Castilla, pues con eso  
hallas pretexto decente  
de conquistarla, abrasando  
sus castillos eminentes.  
Cadáver de piedra sea  
la muralla más rebelde  
y a su esqueleto, que yace  
caduco míseramente,  
sea (siendo antorchas tristes  
todas las luces celestes)  
tumba la región del viento,  
donde las cenizas vuelven.

REY

¡Vive Dios que estoy corrido!  
¿Así Castilla se atreve  
a burlarme? ¿Cómo, cómo  
mi ceño airado no teme?  
¡Ah Castellanos! mi furia  
y mi enojo experimente  
vuestra traición, pues así  
cuando mi saña se vengue,  
podrá creer el estrago  
quien la amenaza no cree.

TODOS

(Dentro.)

Castilla es leal, no pierda  
su fama por dos rebeldes.

REY

¿Qué es esto?

*Escena III*

Dichos y FORTUN.

FORTUN

Señor, que todos  
los castellanos valientes  
se van pasando a tu campo,  
y aseguran, que quien tiene  
la culpa de este tumulto,  
que a civil desorden crece,  
es don Manrique de Lara,  
que pudo hurtar imprudente  
a Alfonso de entre tus tropas.

CONDESTABLE

¡Divinos cielos, valedme!  
Fortuna ¿cuando Manrique  
ya capitulado viene  
con mi hermana doña Blanca,  
este infortunio previenes?  
¿Pero cuándo tú has sabido  
dar sin pesares placeres?

REY

¿Manrique de Lara pudo  
a tanta acción atreverse?  
No en vano al pleito homenaje  
no quiso hallarse presente:  
¡qué ira! ¡Qué furor! ¡Qué rabia!  
Ea, generosos leoneses  
en su alcance divididos,  
no quede senda, no quede  
en todo el contorno monte,  
cuya greña siempre verde,  
y siempre erizado el viento,  
ni aún en tempestades peine,  
sin que el cabello fragoso,  
o le arranque, o le repele.  
No quede valle sombrío  
en cuyas turbias corrientes  
el sediento cerderillo  
agua gusta, y sombras bebe,  
que no examine el cuidado,  
y que el furor no penetre:

y dadme un caballo a mí,  
seré el primero que a ese  
animado torbellino,  
a ese pirata de pieles,  
que a mi sobrino ha robado,  
siga, que en ansias crueles  
ponzoña el aliento exhala,  
veneno la vista vierte.

(Vase.)

CONDESTABLE

Todos le seguid, y todos  
repetid confusamente  
(por más que contra Manrique  
mal el aliento se esfuerce)  
viva nuestro rey Fernando  
a pesar de los rebeldes.

(Vanse.)

*Escena IV*

Músicos, doña BLANCA y damas.

TODOS

Viva nuestro rey, &c

MÚSICA

Ay necia memoria mía,  
que inútilmente pretendes,  
que quien de olvidar se acuerda  
¡de que olvide no se acuerde!

BLANCA

Dejadme sola, que a quien  
aún en las dichas padece,  
le alivia el dolor, pues sólo  
con el dolor se divierte;  
y porque la melodía,  
que sonora el aire hiere,  
como hace el dolor suave,  
persuade más a quien siente;  
retirados proseguid  
la letra, porque consuele

mis penas, y porque lejos  
vuestras voces, dulcemente  
suenen, como consonancia,  
y no como estruendo suenen.  
Ay Manrique, plegue a amor  
que hoy vuelvas feliz a verme,  
aunque el tiempo que apresures  
de mi vida se descuenta.  
Hoy aguardo que mi esposo  
veas, y ya me parece  
que tardas, pero o discurso,  
¡mal la disculpa, previenes!  
si es dicha, y mía, que mucho  
¿qué tan perezosa llegues?  
Llegue dije plegue a Dios  
que el alma cobarde teme  
aún la dicha, con no sé  
que recelo, que imprudente  
el corazón adivina,  
pues dentro del pecho, a veces  
siendo reloj del deseo  
para que el tiempo se abrevie,  
las alas que ansioso late  
son los volantes, que mueve  
Aún no creo mi ventura,  
y no es justo que me pese  
de no creerla (¡ay infeliz!)  
pues cuando venga a perderse  
menos tendré que sentirla  
cuanto menos la creyere  
a cada instante imagino  
que escucho.

MANRIQUE

(Dentro.)

¡Cielos valedme!

BLANCA

¿Qué fuera, ¡ay de mí! que el aire  
verdad mi temor hiciese?  
pues ya distingue la vista,  
que de aquel bruto rebelde,  
un joven (hoy todo es sustos)  
precipitado descende,  
diciendo.

*Escena V*

Dichos y MANRIQUE.

MANRIQUE  
¡Ay de mí infeliz!

(Cae MANRIQUE armado como al principio.)

en vano, bruto, pretende  
tu rigor: ¡Cielos qué miro!

BLANCA  
¡Qué veo!

MANRIQUE  
Hoy en este fértil  
florido teatro, hasta  
los pensamientos florecen,  
o es Blanca.

BLANCA  
O mi fantasía  
viste sombras aparentes  
o es Manrique.

MANRIQUE  
¿Blanca mía?

BLANCA  
¿Manrique? ¿Pues qué accidente  
es éste?

MANRIQUE  
Esto es, (¡ay bien mío!)  
ser anticipadamente  
infeliz, pues de los ojos  
hoy me está hurtando la suerte  
una ventura, que aún antes  
de tenerla se me pierde.  
Fortuna ¿cuándo las dichas  
lograr un amante puede?  
Por no conocidas, no  
se gozan cuando se tienen,  
y un nuevo tormento causa

conocerlas al perderse,  
con que los bienes humanos  
nunca lo son, si se advierte  
que llorando los pasados  
y ignorando los presentes,  
al perderlos ya son males,  
y al tenerlos son bienes.

#### BLANCA

Cuando al Campillo he llegado  
a aguardar que concluyeses  
la función de las entregas,  
porque dos almas estreche  
nupcial amante coyunda,  
y para que luego fuese  
el Rey de León padrino  
de nuestras bodas alegres;  
cuando aguardaba mi hermano,  
que desea conocerte,  
pues nunca te ha visto, a causa  
de que desde mis niñeces,  
él en León, y yo en Castilla,  
habemos vivido ausentes,  
llegas (¡ay Manrique mío!)  
a mis ojos de esta suerte,  
precipitado de un bruto?  
¿Qué tienes, señor, qué tienes,  
que tan absorto y confuso  
te miro, que me parece  
que solamente aquel rato  
que suspiras, no enmudeces?

#### MANRIQUE

Mi desdicha (¡ay Blanca mía!)  
es tan grande, que no debe  
admirarte que la calle;  
porque si acertar no puede  
a creerla el pensamiento,  
que la toca y la padece,  
¿qué mucho, Blanca, qué mucho,  
que a repetirla no acierte?  
Mas ¡ay Dios, que la memoria  
con nueva porfía quiere!

#### MÚSICA

Que quien de olvidar se acuerda

de que olvido no se acuerde.

#### MANRIQUE

Por mí te lo ha dicho el aire;  
pero tú mi mal infiere,  
de ver que a Fernando, injusto  
rey de León, que pretende  
imponer tirano yugo  
a maestras leales sienes  
pues aunque el difunto rey  
en su testamento ordene  
que yo sea tutor de Alfonso,  
alega ambiciosamente  
que a él por ser su tío sólo  
la tutela le compete:  
estorbe una tiranía  
quitando osado y prudente  
al niño rey de sus brazos,  
encargando a quien le lleve  
a la más segura plaza  
de cuantas Castilla tiene:  
a mí me es fuerza ausentarme,  
para que a saber no lleguen  
por mí adonde está mi rey,  
con que te perdí: aquí cese  
el aliento, y no pronuncie  
la sentencia de mi muerte;  
¿pero qué importa, señora,?  
que de repetirlo deje  
mi dolor, si tu discurso,  
para que más me penetre,  
aún el silencio se escusa  
en los suspiros que entiende?;  
mi memoria llevo, con que  
poco importa que me aleje;  
poco remedio es la fuga,  
pues si mi pena lo advierte.

#### MÚSICA

Siempre la memoria ha sido  
el mayor mal de un ausente.

#### MANRIQUE

Siempre, voz, a mis afectos  
oráculo vago eres.

BLANCA

Mi Enrique, señor, mi esposo,  
no te vayas, no me dejes  
sin ti y conmigo, pues yo  
me aborrezco por quererte;  
que aunque con tantas desdichas  
te esté mirando, no puede  
el mal de verte infeliz  
privarme del bien de verte.  
Mas ¡ay de mí! Que en mis ansias  
no es fácil que me consuele  
el saber que fui dichosa,  
cuando infeliz llego a verme.

ELLA y MÚSICA

Porque siempre son pesares  
acordados los placeres.

MANRIQUE

Suplícote, blanca mía,  
que tus sentimientos temples,  
porque los cariños son  
más dulces cuando se pierden;  
y al oír...

FORTUN

(Dentro.)

Cercad el monte,  
y nada el furor reserve.

MANRIQUE

Esta es gente que me busca:  
Blanca, a Dios.

BLANCA

Manrique, advierte...

MÚSICA

¡Ay necia memoria mía,  
que inútilmente pretendes!

MANRIQUE

En tu peligro y el mío  
estoy muriendo dos veces.

REY

(Dentro.)

Todo el contorno las llamas;  
de vuestro coraje quemen.

BLANCA

¿Me olvidarás?

MANRIQUE

No lo temas,  
pluguiera el cielo pudiese.

MÚSICA

Que quien de olvidar se acuerda,  
de que olvida no se acuerde.

MANRIQUE

No te detengas, que todos  
en mi seguimiento vienen.

TODOS

(Dentro.)

Al risco, a la cumbre, al valle,  
a la espesura y al puente.

MANRIQUE

Vete, pues dicen las voces  
que en ruidoso estruendo crecen;

(Música, voces y representación a un tiempo mismo.)

MÚSICA

Siempre la memoria ha sido  
el mayor mal de un ausente  
porque siempre son pesares  
acordados los placeres.

FORTUN

Cercad el monte, soldados,  
y nada el furor reserve.

REY

Todo el contorno las llamas  
de vuestro coraje quemen.

CONDESTABLE

Aún la más oculta cima

vuestro desnudo penetrar.

TODOS

Al risco, a la cumbre, al valle,  
a la espesura y al puente.

MANRIQUE

A Dios, Blanca mía.

BLANCA

¿Cómo  
viviré yo si tú mueres?

MANRIQUE

Como tú vivas, señora,  
no hay riesgo que me amedrente.

BLANCA

Vete, pues, ¡ay de mí triste!

MANRIQUE

Contigo el alma se quede.

BLANCA

El cielo tu vida guarde.

(Vase.)

MANRIQUE

El cielo con bien te lleve.

*Escena VI*

MANRIQUE y MARÍN

MARÍN

Señor ¿aquí estás? ¿qué haces?  
que perdiéndote en la siempre  
rizada espesura, donde  
las zarzas y yedras verdes  
para los olmos son lazos,  
y para nosotros redes,  
no he podido dar contigo.

MANRIQUE

¿Qué es esto, Marín?

MARÍN

Que vienen  
tras nosotros más caballos  
que tienen barajas veinte:  
escapemos, señor.

MANRIQUE

Vamos  
entrando (¡ay ansias crueles!)  
por la fragosa espesura, (Paseando.)  
y las ramas nos hospeden,  
que bárbaras celosías  
son de este alcázar silvestre.

MARÍN

Aquí una dueña me valga  
para penetrar la agreste  
maraña, pues no hay maraña  
que una dueña no penetre.  
Así ahora para librarte  
aquí se te apareciese  
un hermanillo bastardo  
que tanto se le parece  
¿qué candil, vista, ni oído  
distinguir a las dos pueden?

MANRIQUE

Necio intento fuera, cuando  
desde sus tiernas niñeces  
de él no he sabido, bien que  
no hubo jamás quien nos viese,  
que no nos equivocase.

MARÍN

La naturaleza suele  
ser gran bellaca, porque  
todo diz que lo hace adrede:  
¿mira qué mucho es, Señor,  
(Andando apresurados.)  
que las comedias se encuentren  
en las trazas, si la docta  
naturaleza, aún a veces  
se halla apurada, y no sabe  
hacer trazas diferentes?

MANRIQUE

Eso, la filosofía  
disputa; pero ¿qué tiene  
que ver esto (¡ay infeliz!)  
con lo que ahora nos sucede?  
Pues dicen...

GIL

(Dentro.)  
Muere, alevoso.

PRIETO

(Dentro.)  
No será sin que me vengue.

UN VILLANO

(Dentro.)  
Muerto soy.

MANRIQUE

¿Qué es esto?

MARÍN

Es,  
que a uno le cascan las nueces  
tres hombres.

MANRIQUE

¿Cómo mi brío  
no me lleva a socorrerle?

(Vase.)

MARÍN

¿Hombre aguarda?: eres el diablo;  
¿qué en otros duelos te metes,  
cuando tu vida y la mía  
están de un hilo pendientes?

### *Escena VII*

Sale GIL POLO y otro VILLANO acuchillando a JUAN PRIETO que vendrá con la cara ensangrentada, cae en tierra, y sale MANRIQUE.

GIL

Muere, traidor.

MARÍN

Linda danza.

JUAN

Caro os costará mi ofensa.

MANRIQUE

Pues no llegué a la defensa  
lleguemos a la venganza. (Acuchíllalos.)

GIL

Es un rayo de la esfera.

VILLANO

Huyamos.

GIL

Huyamos digo.

MARÍN

Ah gallinas, que no os sigo,  
porque me ha dado cojera.

MANRIQUE

Aquí se está desangrando  
un infeliz, y estoy viendo,  
que las rosas va encendiendo  
la sangre que se va helando.

JUAN

Caballero (¡ay de mí triste!)  
a quien (¡fáltame la voz!)  
confieso (¡desdicha atroz!)  
el favor, que mal resisto  
mi pena tanto sentir;  
pues en mi (¡fiero pesar!)  
cuanto me quiero esforzar  
me ayuda más a morir:  
¡ay Dios! Alguna nobleza  
tengo, aunque en tan bajo estado  
me puso el verme inclinado  
a una rústica belleza,  
por ella (¡ay, Castilla mía!)

ejercicio profesé;  
pero un villano furioso,  
celoso (¡ah fiero tirano!)  
que es ser dos veces villano;  
ser villano, y ser celoso,  
me ha muerto, pero a traición  
con otros, y yo también  
a uno dejo muerto, a quien  
patente hice el corazón:  
tú, caminante, repara  
por un amor tan liviano  
en lo que se ve un hermano  
de don Manrique de Lara;  
mas ya muero de la herida,  
que aún el aliento veloz  
que estoy gastando en la voz,  
me falta para la vida. (Muere.)

MANRIQUE

Hermano, amigo (¡ay de mí!)  
¿pero yo hermano llamé  
a hombre que confiesa que  
tuvo humilde oficio?

MARÍN

Sí,  
pues cuando fuera bajeza,  
aún la ignorancia mayor  
trae, en siendo por amor,  
cierto viso de nobleza.

MANRIQUE

Dices bien, puesto que  
por otra parte emboscados  
andan todos los soldados,  
sus vestidos me pondré,  
pues es a mi parecido,  
aunque de sangre bañado  
está tan desfigurado.

MARÍN

Bueno, que hayas acudido  
a salvar esa objeción;  
porque alguno que repara,  
al ver a los dos la cara  
está con tanta atención;

pues siquiera su capricho,  
que ya pintado, ya escolto  
saliese un hombre de bulto  
a decir lo que está dicho.

MANRIQUE

Mi peto y espaldar quiero  
(Vale armando, y Manrique se pone sus vestidos.)  
que le ponga, no te asombre.

MARÍN

Ya con dos conchas el hombre  
es galápago de acero.  
Por aquí. (Dentro.)

MARÍN

Que vienen, vaya.

MANRIQUE

¡Qué esto mi suerte disponga!

MARÍN

Señor sastre, usted se ponga  
este jubón de Vizcaya.

MANRIQUE

¡Qué riguroso desastre!

MARÍN

Su persona armada está,  
y el primero soy, que ya  
se la pudo armar a un sastre.  
Hacia allí el ruido siento. (Dentro.)

MANRIQUE

Ponle mi espada.

MARÍN

Ya fiero  
la tiene en cinta, Dios quiera  
darle buen alumbramiento.

CONDESTABLE

Llegad todos. (Dentro.)

MANRIQUE

Suerte avara,  
que fuera feliz no dudo,  
si como el traje me mudo,  
la ventura me mudara.

MARÍN  
¿Cuánto ahora, Manrique, a mí  
me estimaras, si supieses,  
que poco más de seis meses  
aprendiz de sastre fui?

*Escena VIII*

EL CONDESTABLE, el REY, FORTUN y SOLDADOS.

REY  
Sin duda en esta maleza  
de zarzas entretejidas,  
que duplicando la noche  
es paréntesis del día  
se oculta Manrique fiero.

CONDESTABLE  
Mal valerse determina  
de su fuga, aunque en su alcance  
no cuesta menos fatigas  
que seguirle con la planta,  
alcanzarle con la vista.

FORTUN  
Aguardad, señor, que él es,  
si el sentido no delira,  
el que con sangre las flores  
infaustamente matiza.

CONDESTABLE  
Yo como nunca le vi,  
no le conozco.

REY  
Esa misma  
es mi duda.

FORTUN  
Mal podrán

engañarme las insignias  
del escudo, y de las armas,  
y del rostro, aunque se mira  
todo bañado de sangre.

REY

A su juventud florida  
lástima tengo.

(Dentro voces.)

Manrique  
es muerto.

CONDESTABLE

Buena noticia  
será para Blanca. ¡Cielos!  
Y más cuando ya extendida  
pasa la palabra, que es  
¡muy veloz una desdicha!

REY

Sin duda le mató alguno  
de los que en su alcance iban:  
pésame por Dios, mas puesto  
que después de sucedida  
una desgracia, no tiene  
más remedio que sentirla;  
a su cadáver se hagan  
todas las honras debidas  
que a difuntos generales  
acostumbra la milicia;  
ronco destemplado estruendo  
de cajas y de sordinas

(Sordinas.)

en tristes acentos forme  
lamento de la armonía.

CONDESTABLE

Vueltas al revés las armas,  
y arrastrándose las picas,  
en fúnebre luto, el viento,  
negras banderas se vista.

(Clarines.)

ELVIRA

Aguardad leoneses. (Dentro.)

REY

¿Qué

nuevo rumor se anticipa,  
a las sordinas, que el eco  
todo el monte escandaliza?

CONDESTABLE

Un joven, que con desnudo  
el campo veloz corría,  
en un bruto tan ligero,  
que aún no huella lo que pisa,  
para llegar a tus plantas  
deja el estribo y la brida.

*Escena IX*

Dichos, y sale DOÑA ELVIRA de corto, con botas, espuelas, plumas, espada y bengala.

ELVIRA

Rey Fernando de León,  
cuya hermosa bizarría  
tiembla en Córdoba Almanzor,  
y Abenjuzeph en Sevilla;  
doña Elvira soy de Lara,  
de prosapia esclarecida,  
y hermana de don Manrique,  
cuya heroica gallardía  
a vuestros rigores yace  
muerta, pero no vencida;  
con él vine a las entregas  
de Alfonso rey de Castilla,  
para asistir a sus bodas  
después; pero no sería  
una desdicha tan fiera,  
y de tanto dolor digna,  
(¡ay de mí!) si no viniera,  
cuando se espera una dicha.  
Por una gloriosa acción  
sabiendo que le seguían

tus soldados, un caballo  
tomé, procurando altiva  
hallarme a su lado; pero  
cuando en su alcance venía;  
cuanto más el bruto corre,  
y en mi cólera se anima,  
pues los batidos hijares  
las espuelas me salpican,  
la noticia de su muerte,  
que si es desdichada, es  
muy veloz una noticia.  
No te admire el ver, que cuando  
tengo infeliz, a mi vista,  
ese espectáculo triste  
de quien es el monte pira,  
pues va dejando las rosas  
sangrientamente floridas,  
muestre el corazón rebelde  
al llanto, pues si lo miras,  
pasó la pena de susto  
a osadía, de osadía  
a dolor, y este dolor  
se convirtió tanto en ira,  
que aún no quiero a lo irritada  
hurtarle lo compasiva.  
Si a Alfonso ocultó Manrique,  
es razón que le persiga  
tu enojo, porque a tu enojo  
estorbó una tiranía.  
Él es tutor de su rey,  
y como tutor aspira  
a librarle de un peligro,  
pues cauteloso querías,  
con el traje de piedad  
disimular tu avaricia.  
Pero esto aparte; infeliz  
Manrique, que al pecho dictas  
la más generosa hazaña,  
pues tu sangre, aún no muy fría,  
heroicas venganzas late  
en cuantas iras palpita,  
en tus manos, (pese a mí,  
que ahora estoy enternecida)  
homenaje (¡qué dolor!)  
hago (¡ay de mí!) de que altiva  
(¡qué ansia!) procure, (¡qué pena!)

en vano el valor porfía,  
volver (¡aquí de mi rabia!)  
¿qué mis lágrimas reprima,  
pues en líquidos arroyos  
la cólera se destila?  
Y a ti, infeliz Manrique,  
homenaje y pleitesía  
hago, puesta la una mano  
en el pomo, de esta limpia  
espada, y la otra en las tuyas,  
que ya son yerta ceniza,  
de defender tu opinión,  
ya que no puedo tu vida.  
Y a vosotros, oh leoneses,  
con la reverencia digna  
al rey, pues es la atención  
a la majestad debida,  
desmiento, de la sospecha;  
que esparció vuestra malicia  
contra Manrique, diciendo:  
que fue traición conocida  
ocultar al rey, dictada  
de impulsos de su codicia.  
A cualquiera, que villano  
esta sospecha conciba,  
del rey abajo, desmiento,  
y a sustentarlo, se obliga  
mi arrogancia, cuerpo a cuerpo,  
si alguno hay que lo resista,  
o con armas, o sin ellas,  
en los campos de Castilla,  
al choque de dos caballos,  
o al encuentro de tres picas,  
en el arnés, o el escudo  
donde suban las astillas  
tan altas, que del sol puedan  
ser volantes celosías;  
y quien piense que me mueve,  
la hermosa prerrogativa  
de dama, pues a las damas  
no hay valor que no se rinda,  
queriendo, que rendimiento  
se llame la cobardía,  
sígame, si valor tiene,  
que sin desmontar la brida  
de ese bruto, de ese rayo,

aborto de Andalucía  
le espero en esas campañas,  
de noble sangre teñidas,  
desde el alba hasta la noche,  
desde la noche al día.

CONDESTABLE  
¡Gallarda resolución!

ELVIRA  
¿Qué respondéis?

REY  
Doña Elvira,  
que sois dama, y con las damas  
mis caballeros no lidian:  
venid, y las funerales  
ceremonias se prosigan.

*Escena X*

Dichos menos el REY.

ELVIRA  
¡Ah, pese a la preeminencia!  
¿Qué mis venganzas impida  
el rendirse todos, cuando  
más el rendimiento irrita?  
Leoneses, cualquiera que  
este reto contradiga  
tome ese guante, pues es  
ceremonia que se estila  
en los duelos.

CONDESTABLE  
Yo le tomo,  
gallarda Palas divina,  
no como señal del duelo;  
¿pues quién habrá que compita  
con vos, si desde que os vi,  
en dos acciones distintas,  
no me quiere a mí la muerte,  
porque no quiere la vida?

ELVIRA

¿Pues por qué le tomáis?

CONDESTABLE

Sólo

por prenda vuestra, y no aspira  
mi rendimiento a tenerla  
por favor; a más aspira.

ELVIRA

Eso es ya de otra materia  
y no es fácil que permita  
que prenda mía posea  
nadie, porque vengativa  
sabr  cobrarla mi espada,  
castigando la osad . (Empu a.)

CONDESTABLE

Tened, que ese es otro caso:  
yo también sabr  rendirla  
a vuestros pies, que no quiero  
que os d  disgusto la dicha  
de un acaso, pues guardarla  
al ver que se desperdicia,  
fue atención; pero negarla  
fuera ya descortesía. (Va a dar el guante.)

ELVIRA

Ahora no la quiero; pues  
aunque cobrarla quería,  
tomarla de vuestra mano  
fuera mostrarse benigna  
mi atención y así no quiere,  
por no verme compelida  
a tomarla, cuando es vuestra,  
acordarme que fue mía.

(Vase.)

CONDESTABLE

Aguarda, detente, espera:  
no, hermosa deidad esquiva,  
ausent ndote a mis ojos  
con tan dulce tiranía,  
para una esperanza muerta,  
dejes la memoria viva.

*Escena XI*

MARÍN y MANRIQUE en traje de villanos.

MANRIQUE

Parece que con mi astucia  
los leoneses se engañaron,  
pues ya la voz de mi muerte  
ha corrido por el campo.

MARÍN

Para quien creyese agüeros  
era a propósito el caso  
de estar mirando su entierro;  
pero tu bastardo hermano  
honrado se ve en la muerte,  
pues si de aquí lo reparo,  
el ejército lo lleva  
con grandeza y aparato,  
que para un pobre difunto  
es grandismo descanso.

MANRIQUE

Con melancólico acento,  
al ronco estruendo bastardo,  
gime el viento en las sordinas.

MARÍN

Sí, pero una cosa hallo  
de conveniencia en tu entierro,  
y es que no te van chillando  
los niños de la doctrina,  
un colegio de bellacos,  
que en entierros ostentosos  
son sufragios alquilados.

MANRIQUE

Ya don Nuño con el rey  
habrá sin duda llegado  
adonde en salvo lo ponga;  
y en cuanto los castellanos  
a su defensa se junten,  
más fieles o más osados,  
San Esteban de Gormaz  
será su alcázar y claustro.

La orden que llevó don Nuño  
es de que esté disfrazado  
el rey como un hijo suyo,  
porque dejen de buscarlo  
allí los leoneses, pues  
en Nuño no han sospechado;  
y pues tal disfraz hallé,  
siempre a vista del contrario  
he de andar, Marín amigo,  
sus intentos observando.

MARÍN

Una cosa sólo resta.

MANRIQUE

¿Cuál es?

MARÍN

Que ya transformado  
en sastre, en el lugar puedas  
ir prosiguiendo el engaño:  
cuanto a ser sastre, señor,  
ya yo tengo mucho andado,  
pues fui aprendiz seis meses;  
con que si a hacer nos juntamos  
cualquier vestido, echaremos  
a perder cualquiera paño.

MANRIQUE

Necio, ¿yo había de venir  
a ese ejercicio?

MARÍN

No es malo  
el puntillo; ¿pues sin eso  
podrás estar reputado  
por sastre?

MANRIQUE

Podré algún tiempo,  
y esto no ha de durar tanto,  
que falten excusas para  
no llegar a ejercitarlo.  
Aún más cuidado me da  
ir al Campillo ignorando  
con quien tenía amistad

este hombre, y los ordinarios  
ejercicios suyos.

MARÍN

Pues

si ése es sólo el embarazo,  
de lo mismo que te hablen  
puedes ir conjeturando  
las respuestas, y si no,  
apelar a que estás falto.

MANRIQUE

Eso es mejor.

*Escena XII*

Dichos y CASILDA.

CASILDA

¡Ay, Juan mío,  
que yo te estaba aguardando  
con grande temor!

MANRIQUE

¿Qué es esto?

MARÍN

Esta mujer es el diablo.

CASILDA

Dijeronnos en la villa  
que te había desafiado  
Gil Polo; pues yo, Juan mío,  
digo que me parta un rayo  
si le puedo ver.

MARÍN

Ya es esto  
del cuento, responde algo.

MANRIQUE

Sin duda ésta es la villana  
bella por quien la mataron.

CASILDA

¿No me respondes? ¿Estás

conmigo muy enojado?  
Yo te quiero.

MANRIQUE  
Bien pudieras,  
(bueno es hallarme obligado (Aparte.)  
a mezclar tratos groseros  
entre tan nobles cuidados)  
bien pudieras excusar  
andarme dando embarazos,  
pues sabes mi condición:  
(yo no sé lo que la hablo.)

CASILDA  
Ya veo que eres dimoño,  
y que no hay mozo en el barrio  
a quien no des para peras.

MARÍN  
Oyes, tu hermano era guapo.

MANRIQUE  
¿Qué había de ser quien tuvo  
de mi sangre algunos rasgos?

CASILDA  
¿Juan, quién es este mozo?

MANRIQUE  
Es un grande oficialazo  
y le traigo a casa.

MARÍN  
A ser  
de usted el menor criado:  
¿cómo se llama nuestra ama?

CASILDA  
Dile tú como me llamo.

MANRIQUE  
Yo vengo hecho un lucifer  
celoso y desesperado,  
y no me acuerdo de nada.

CASILDA

Casilda soy de Polanco,  
que éste en el Campillo es  
apellido muy honrado.

MARÍN  
Nadie por su boca pierda.

CASILDA  
Oyes ¿cuándo nos casamos?

MANRIQUE  
¿Esto más? Cuando Dios quiera,  
que ahora estoy muy alcanzado.

*Escena XIII*

Dichos, GIL POLO y otro VILLANO.

GIL  
En fin, él quedaba herido;  
pero en el campo dejamos  
muerto a Silvio.

VILLANO  
Él lo mató,  
que el sastre es desesperado.

GIL  
Por aquel hombre, de hierro  
vestido, no le matamos:  
veamos ahora a Casilda.

VILLANO  
Está con un hombre hablando.

GIL  
Y es el sastre, vive Dios,  
amigo, que allá en el campo  
nos hizo la mortecina (Embístenle.)  
¡Aún vives, traidor!

MANRIQUE  
Villanos,  
vuestro error castigaré.

MARÍN

Dales su carta de pago.

CASILDA

Ay, que a mi marido matan:  
Justicia de Dios.

GIL

Huyamos.

*Escena XIV*

Salen por un lado el REY y el CONDESTABLE, FORTUN y SOLDADOS, y por otro BLANCA y DAMAS, y el VEGETE de ALCALDE.

REY

¿Qué ruido es éste?

BLANCA

¿Qué es esto?

MANRIQUE

En grande peligro estamos.

BLANCA

Con el rey encontré ¡cielos!  
¿Qué habiéndome ya informado  
de la muerte de Manrique  
sea un dolor tan extraño,  
tan infeliz, que aún no  
tenga lugar para el llanto?

REY

¿Espadas aquí? ¡En mi vida  
vi tan hermoso milagro!

CASILDA

Señor dos hombres, que huyeron,  
a mi marido intentaron  
matar: josticia de Dios.

VEJETE

Señor, es un gran bellaco  
el sastre, y ha días que tengo  
gana de echarle la mano.

MARÍN

Cuchilladas, y mujer,  
buena hacienda te ha dejado  
el difunto.

BLANCA

De Manrique  
es un viviente retrato  
este hombre: ¡Cielos! ¿Si es él?

MANRIQUE

En mí, Blanca ha reparado,  
y en ella el rey; ¡ya supieras (Aparte.)  
ciego Dios, amor tirano,  
dar un consuelo, sin dar  
con él algún sobresalto!

CASILDA

Josticia contra estos hombres.

REY

Haced, alcalde, buscarlos,  
y castigarlos.

VEJETE

Si haré.

(Vase.)

CONDESTABLE

Hermana, llega, y la mano  
besa al rey.

REY

¿Su hermana es ésta?

BLANCA

A vuestros pies, soberano  
monarca.

REY

Señora, alzád,  
que no está bien, (yo me abraso)  
puesto a mis plantas el cielo:  
¡qué beldad!

MANRIQUE  
Cielos, a espacio.

CONDESTABLE  
En la Quinta, donde Blanca  
estaba agora aguardando,  
con otro intento, a Manrique,  
podéis, señor, alojaros

REY  
Si haré; pues en tanto que  
más diligencias hagamos  
de Alfonso, puesto que vienen  
mis soldados fatigados,  
aquí harán alto; venid  
que yo he de ir a acompañaros:  
ahora conozco, que fue  
don Manrique desgraciado.

(Vase.)

BLANCA  
Hombre, ilusión, o fantasma,  
de Manrique eres retrato,  
y aunque sé que es muerto (¡ay triste!)  
me consuelo con dudarle.

(Vase.)

CONDESTABLE  
¡Ay Elvira, qué de penas  
con tu ausencia me has dejado,  
pues tu memoria es al alma  
un gustoso sobresalto!

(Vase.)

CASILDA  
En casa te aguardo, Juan.

(Vase.)

MARÍN  
Lo que yo de todo saco  
es, que porque no te cojan  
en mentira, pues los cabos

que tu hermano dejó sueltos,  
son tan diversos y tantos,  
es fuerza que te hagas loco,  
aunque según son tus cascos,  
yo espero que el fingimiento  
te cueste poco trabajo.

MANRIQUE

Ay, Marín, más loco fuera  
en ser cuerdo, cuando hallo  
un disfraz tan indecente,  
en que mal asegurado  
estoy; una mujer que  
me persigue, unos villanos  
que intentan matarme, un rey  
que tan a mi costa amparo,  
y sobre todo unos celos,  
al corazón enroscados,  
que de la memoria son  
áspides imaginarios.

## ACTO II

### *Escena I*

Decoración de una quinta con jardín.

MANRIQUE y MARÍN de villanos, huyendo de CASILDA.

MANRIQUE

Mujer, ya estás enfadada.

CASILDA

¿Pues, Juan, en qué te he ofendido?

MANRIQUE

En quererme.

CASILDA

¿Y eso es malo?

MARÍN

Malo es, porque un hombre he visto

de un amor abochornado  
que le ha dado un tabardillo.

CASILDA

¡Válgame Dios! ¿Tanto mal,  
se le hace, Marín amigo,  
en quererle? Pues acaso  
le doy yo algunos pellizcos:  
¿más qué es esto, que suspira  
tan confuso y pensativo?  
Aquí de Dios, que me han muerto.

MARÍN

No alces, Casilda el chillido,  
que en el jardín de esta quinta  
de Blanca, está retraído  
mi amo, por aquella muerte,  
y podrán, sin duda oírlo,  
con que al tiempo de las voces  
darán con él y conmigo,  
y de inflamación de esparto  
tendremos un garrotillo.

CASILDA

Mira, yo sentí, Marín,  
el oír estos suspiros,  
que no son por mí, una rabia,  
de manera, que imagino,  
que le aborrezco, y después,  
si más de espacio lo miro,  
pienso que le quiero más  
por haberle aborrecido;  
y aquel suspiro, en efecto,  
en el corazón me hizo  
unas cosquillas de fuego  
con que el alma me da brincos.

MANRIQUE

Celos tiene la villana.

MARÍN

Ya no puedo yo sufrirlo:  
ven acá: ¿cuándo el Maeso  
ha llegado a hacer vestido,  
que a tu beldad no rindiese  
primicias del pendoncillo?

CASILDA

Desde el día que aquel hombre  
tendiste como un cochino,  
porque en el campo los tres  
te quisieron matar vivo,  
aún más que de la justicia  
huyes de los ojos míos,  
estás tan otro, que pienso  
que no puedes ser el mismo;  
y esto de suerte, que no  
piensas casarte conmigo:  
¿tan fea soy? Pues yo sé  
que el otro día me dijo  
un requebrazo el barbero.

MARÍN

¿Y qué fue?

CASILDA

Porligio esquivo,  
¿por qué a tus pobres amantes  
matas, cuando con desvíos  
han hecho pelar más barbas  
tus ojos que mis cochillos?

MANRIQUE

Ay Blanca, cuando a memorias  
tuyas la idea dedico,  
¡qué extranjera se halla el alma  
oyendo ajenos cariños!

CASILDA

Pues abrázame, y me iré.

MANRIQUE

Si a que te vayas te obligo  
a tan poca costa, llega. (Abrázale.)

*Escena II*

Dichos, y sale BLANCA.

BLANCA

Al jardín: ¡cielos, qué miro!

MANRIQUE

Blanca lo ha visto ¡ay más penas!

MARÍN

¿Qué importa, si conocido  
de ella no eres por Manrique?

BLANCA

Viendo que es tan parecido  
a Manrique este villano,  
mal el enojo resisto  
de que a los brazos de aquella  
mujer llegue (¡ah, cielo impío,  
cual estoy, cuando tomara  
unos celos por partido!)  
¿Cómo, bárbara villana,  
a intentar te has atrevido  
tal indecencia a mis ojos?

CASILDA

¿Pues que su merced ha visto  
en mí, más que el abrazar  
de esta suerte a mi marido?

MARÍN

¿Otra vez?

BLANCA

Aparta, quita,  
no mi enojo vengativo  
irrites: vete, villana.

CASILDA

¿Qué diablos tiene conmigo?  
¿Mas qué le ha dado dentera?  
pues no importa: a Dios, Juan mío.

(Vase.)

MARÍN

Yo voy a ver si hallo algo  
con que untarme los hocicos,  
porque ya de estar hambriento,  
vive Dios, que estoy ahíto.

*Escena III*

MANRIQUE y BLANCA.

MANRIQUE

Ocasión de declararme  
se me ofrece, mal me animo, (Aparte.)  
que en ardor helado, el pecho  
va encendiendo un sudor frío.

BLANCA

¡No he visto tal semejanza!  
pero; ¡oh imprudente delirio!  
¿Para qué memoria, intentas  
persuadirme, a que está vivo?  
¿Quieres que vuelva a creerlo  
para volver a sentirlo?

MANRIQUE

Yo me declaro: ¿no basta,  
aveve, traidor Cupido,  
que sufra lo que padezco  
sino también lo que finjo?

BLANCA

No sé qué me dice el alma,  
que el corazón a latidos  
me da, en pulsados presagios  
palpitantes vaticinios,  
cuando, ¡ay Manrique!

MANRIQUE

Señora.

BLANCA

¿Qué queréis?

MANRIQUE

Habiendo oído  
que me llamáis.

BLANCA

No he llamado:  
y cuando eso hubiese sido,  
no es a vos.

MANRIQUE

Sonó en el alma  
el eco de ese suspiro:  
Blanca, yo soy don Manrique,  
a tus pies estoy rendido,  
tan amante como siempre.

BLANCA

Hombre, ¿qué dices?

MANRIQUE

¿Qué digo?  
Que soy Manrique de Lara.

BLANCA

¿Cómo viendo que estás vivo  
al susto, no es una vida  
el precio de un regocijo?  
¿Tú vivo? ¡Pero hay de mí!  
Que presto que lo he creído  
para llorarlo más presto,  
pues sin poder resistirlo,  
mágico mi pensamiento,  
representa a mi delirio  
muchas glorias, que poseo  
en las fantasmas que finjo.

MANRIQUE

¿Qué dudas, pues?

BLANCA

Si lo cree.

MANRIQUE

¿Y qué resuelves?

BLANCA

Elijo  
creerlo, que aquel instante  
que durare el desvarío  
de alguna ilusión, no deja  
de ser bien, el bien fingido;  
pues en perdiendo la dicha  
un venturoso, es lo mismo,  
que el haberla imaginado,

el haberla poseído.

### MANRIQUE

Murió en ese monte, un  
hermano bastardo mío,  
que de casa de mis padres  
se ausentó, siendo muy niño  
por ser inquieto; su madre  
era humilde, y por motivos  
ocultos, quizá mi padre  
no le declaró por hijo:  
varias fortunas corrió  
hasta dar en ejercicio  
de hombre pobre, ¿pues qué importa,  
que fuese tan bien nacido,  
si nació mal inclinado;  
que si forzar no han podido  
el albedrío los astros,  
los planetas y los signos,  
¿cómo es fácil, que la sangre  
forzar pueda el albedrío?  
Y de esto se ha visto tanto,  
que ejemplares infinitos  
pudiera traer, si hubiera  
quien lo dudase remiso.  
El parecerse a mi tanto,  
no es tampoco lo que admiro,  
porque la naturaleza  
no hace acaso sus prodigios,  
y para tan grande mal  
tan gran remedio previno  
Nuño Almegir, un anciano,  
de los nobles deudos míos,  
llevó al rey a San Esteban  
de Gormaz, pues su castillo  
se conserva por nosotros,  
aunque el rey de León hizo,  
para rendir sus murallas  
plaza de armas el Campillo.  
Nuño, como es, aunque noble,  
hombre poco introducido  
(de la Corte siempre ausente)  
seguro está en el recinto  
de San Esteban, pues no  
le buscan los enemigos.  
Yo era, Blanca, quien estaba

expuesto al mayor peligro  
si me hallasen, pues por mí  
supieran de Alfonso invicto,  
que anda tan bien encubierto;  
mas piadoso el cielo quiso,  
que este disfraz ocultase  
con mi vida los designios.  
Por loco me tienen todos,  
que ha sido fuerza fingirlo,  
por ignorar de mi hermano  
los sucesos y motivos.  
A tus ojos vuelvo, Blanca,  
pobre, humilde y abatido,  
no me olvides, que entre tantos  
tormentos como examino,  
será el más intolerable,  
y así en tus dulces desvíos,  
lo que no hiciese la amante  
ha de hacer lo compasivo.

BLANCA

De suerte, Manrique ingrato,  
¿qué sufrimiento has tenido  
para ocultarme quién eres?  
¡Ay cuan poco es tu cariño!

MANRIQUE

¡Ay Blanca! ¿Si bien supieras  
que tu amor agradecido  
debe estar a lo que culpa,  
porque en un amante fino  
no hay pena, no hay sentimiento  
no hay tormento, no hay martirio,  
no hay rabia, no hay ansia, como  
amor, sin poder decirlo?

BLANCA

¡Ah ingrato! Cuan bien hallado  
estabas en tu retiro  
con esta villana, a quien  
le diste a los ojos míos,  
lo brazos; ¿pero qué mucho,  
falso, aleve y fementido,  
que en el disfraz de villano  
tan hallado estés, si miro,  
que el propio tragar del alma

el exterior se ha vestido?

MANRIQUE

Si tan presto como yo  
dejare desvanecido  
ese indicio, tú pudieras  
disuadirme los indicios  
de que el rey.

BLANCA

Sella la voz;  
no pronuncie inadvertido  
tu labio, ofensa que viene  
disfrazada en un suspiro  
¿celos me pides, villano?  
¿Ves que te culpo lo omiso,  
y pretendes de lo ingrato  
librarte con lo atrevido?

MANRIQUE

Calla ingrata; ¿ves que vengo  
a expresarte el dolor mío,  
y aún no dejas a mis ansias  
el consuelo de decirlo?

BLANCA

Eres aleve.

MANRIQUE

Eres falsa.

BLANCA

Eres ingrato.

MANRIQUE

Soy fino.

LOS DOS

Eres...

Escena IV

Dichos y el REY.

REY

¿Blanca?

BLANCA  
¡Ay más pesares!

MANRIQUE  
A que mal tiempo el rey vino;  
celos, no queráis hacer  
evidencias los indicios.

REY  
¿Qué es esto?

BLANCA  
¿Qué le diré?

MANRIQUE  
Disimular determino.  
Yo soy el sastre, señor,  
que aquí a la quinta he venido  
a hacer un vestido a Blanca.

REY  
Por ahora podéis iros.

MANRIQUE  
Ya obedezco: ¡Santos cielos, (Aparte.)  
qué dolor iguala al mío!  
¿Yo he de dejar a mi dama  
oyendo ajenos cariños?  
¿Para qué hay ¡suerte tirana,  
cruel fortuna, hado impío!  
amantes humildes, si hay  
poderosos enemigos?

REY  
¿No os vais?

MANRIQUE  
Sí señor.

BLANCA  
¡Qué ansia! (Aparte.)  
Ya con el alma le sigo,  
que me acuerdo de su pena,  
y de mi enojo me olvido.

MANRIQUE

De ver que a vista de Blanca (Aparte.)  
disimular es preciso  
esta injuria, este desaire.  
¡Vive Dios que estoy corrido!

REY

Andad.

MANRIQUE

Ya se irán: ¡hay tal!  
Vaya sumercé aspacito,  
que tiempo hay de enamorar  
mientras se corta el vestido.

REY

Malicioso es el villano.

MANRIQUE

Esconderme determino  
a escuchar, lo que después  
quisiera no haber oído. (Escóndese.)

*Escena V*

El REY y BLANCA.

REY

Sabiendo, Blanca, que estabas  
en este frondoso sitio,  
esfera verde de tantos  
caducos astros floridos,  
y sabiendo que tu hermano  
ausente está, no he podido,  
con la licencia que el campo  
permite a lo más esquivo,  
dejar de cegar, mirando  
tus dos luceros divinos,  
bien que con temor; pues cuanto  
a tanta ventura aspiro,  
me están diciendo sus rayos  
que se vieran convertidos,  
atrevimientos de cera  
en escarmientos de vidrio.

BLANCA

Vuestra majestad, señor,  
se acuerde que le ha servido,  
mi hermano, y que no se premia  
con agravios sus servicios;  
o acuérdesese de quien soy,  
porque mi espíritu altivo,  
es tan vano, tan soberbio.

MANRIQUE

¡Cielos, sin alma respiro!

BLANCA

Que imagino, que no hay hombre  
que me merezca un desvío,  
y si alguno mis rigores  
experimenta, habrá sido  
costumbre en mí, mas no intento,  
porque no hay alguno digno  
de que aún para mis desdenes  
pudiese ser elegido.

REY

Si son las iras tan dulces,  
querer ostentar lo esquivo,  
más que castigar la culpa,  
es coronar el delito;  
y así esta mano...

BLANCA

¡Ay de mí!

(Sale MANRIQUE.)

MANRIQUE

Ya no he de poder sufrirlo; (Aparte.)  
la medida de esta manga,  
con la prisa se ha perdido,  
y así la vuelvo a tomar.

REY

¡Qué villano tan prolijo!

BLANCA

Dejadlo ahora; ¡ay infeliz!

Mucho temo su peligro.

MANRIQUE

¡Ah ingrata! ¡Vive Dios, que  
el que lo estorbe ha sentido! (Escóndese.)

REY

No me impidan tus rigores,  
con desdén tan atractivo,  
examinar en tus manos  
un incendio cristalino.

BLANCA

Vuestra majestad (¡ay triste!)  
considere.

REY

Estoy perdido.

MANRIQUE

Y aún yo.

BLANCA

Muerta estoy, ¡ah cielos!

MANRIQUE

¡Podrá buscar el destino  
más riguroso desaire  
a un amante bien nacido!

REY

Esto ha de ser.

BLANCA

No ha de ser.

(Sale MANRIQUE.)

MANRIQUE

Hernán Ruiz ha venido;  
que se apea ya, que llega.

REY

A nadie en el jardín miro;  
éste es loco.

MANRIQUE

Sí, que tengo  
una locura, que es juicio.

REY

Vete, villano, y aquí  
no vuelvas con otro aviso.

BLANCA

Esto se va declarando. (Aparte.)

MANRIQUE

¿Pues qué agravio se le hizo  
a su merced en avisarle?  
¡Rayos, y incendios respiro! (Escóndese.)

REY

¿Qué importa di, que tus iras  
me recaten lo benigno,  
si al pronunciar los rigores,  
a que dulcemente aspiro,  
nace otro nuevo deseo  
de ese modo de decirlos?  
¡Ay Blanca! Templa estas ansias,  
este ardor, este delirio  
con una mano.

BLANCA

Advertid,  
señor, que está el honor mío  
corrido, de ver que haya  
quien a eso se haya atrevido.

MANRIQUE

Ya me falta la paciencia,  
y a morir me determino,  
porque donde están mis celos,  
¿qué importa mi precipicio?

REY

¿Quién podrá estorbarlo?

*Escena IV*

Dichos y MANRIQUE.

(Sale MANRIQUE.)

MANRIQUE

Yo.

BLANCA

¡Toda soy un mármol frío!

REY

Hombre, ¿quién eres?

MANRIQUE

Aquí

mi ser me desconoció,  
y aún yo no sé si soy yo,  
porque estoy fuera de mí.

REY

Vive Dios.

BLANCA

Señor, advierte  
que es loco: ¡ay vanos recelos!

MANRIQUE

¡Qué quién ha hallado unos celos  
no pueda hallar una muerte!

REY

Loco, o no, fuiste atrevido,  
y porque los pareceres  
del vulgo afirman, que eres  
a Manrique parecido,  
delante de ti, su esquiva  
mano mi suerte publique,  
para que en ti de Manrique  
castigue una sombra viva,  
que en fin no ha de darme enfado,  
un loco.

BLANCA

¡Qué esto suceda!

MANRIQUE

¡Qué resistirle no pueda (Aparte.)

habiéndome ya empeñado!

REY

Neciamente me desdeña  
tu rigor.

BLANCA

¡Terrible trance!

MANRIQUE

¡Mal hoya el que antes de un lance (Aparte.)  
no mira como se empeña!  
Si no puedo resistir  
no era mejor no saber,  
¿cielos que quisiese ver  
lo que no puedo sufrir?

BLANCA

Por estorbar tus rigores, (Aparte.)  
Hasta asegurarle, a fin  
de ausentarme del jardín  
esfuercen fingir favores,  
señor, vuestra majestad:  
¡ay Dios! No ha de pretender  
riguroso, que el poder  
se pase a ser voluntad;  
despacio mirar intento  
vuestras prendas, porque amor  
no sea hijo de un rigor  
sino de un conocimiento.

MANRIQUE

Al rey, Blanca, favorece, (Aparte.)  
y yo no puedo vengarme  
(¡ay de mí!) que el irritarme,  
tanto en mí la rabia crece,  
la ira, el coraje, el brío,  
el frenesí, la ansia (ya  
lo dije) que el alma va  
exhalando un sudor frío:  
¡qué locura, qué pasión!  
El sentido deja en calma,  
que en el incendio del alma  
se me apaga el corazón.

REY

Pues tan benigna te vi.

MANRIQUE

Yo muero.

REY

Dame una mano.

MANRIQUE

Ah de la guarda.

REY

¡Ah, villano!

MANRIQUE

¡Ay infeliz de mí! (Cae.)

REY

¡Mas qué es lo que ha sucedido!

*Escena VII*

Dichos, y salen SOLDADOS y el CONDESTABLE.

TODOS

¿Señor?

BLANCA

Lance riguroso.

REY

Disimular es forzoso, (Aparte.)  
que el Condestable ha venido.

CONDESTABLE

¿Qué es esto?

BLANCA

Necia pasión:  
disimulad, y en el centro  
queden las lágrimas dentro  
a anegar el corazón:  
ese hombre que vea aquí,  
que loco dicen que ha estado,  
entró en el jardín llevado

de un furioso frenesí:  
yo que en su velocidad  
vi señas de enfurecido,  
di voces, a cuyo ruido  
acudió su majestad,  
que iba a su cuarto: ventura  
fue que al verle, una caída,  
suspendiéndole la vida,  
le interrumpió la locura;  
y es verdad, que en quien sufrir  
celos debe, y padecer  
por fuerza, no puede haber  
más locura que el vivir;  
esto es, en fin.

REY

Ya es forzoso  
disimular.

MARÍN

Ya yo entiendo  
que es esto, y que está mordiendo  
el desmayo algún curioso;  
pero el doctor que esto apura,  
tómele el pulso cual rayo,  
por ver si al paso el desmayo  
ha llegado a coyuntura.  
Señor, siempre que imprudente  
ocupa algún frenesí,  
al sastre, le deja así,  
cual veis, con un accidente;  
cualquier locura acomoda  
para sí, si bien se apura,  
y en el alma no hay locura  
que él no se vista a su moda.

REY

Prendedle, pues.

CONDESTABLE

No hagáis tal,  
señor, que el delito es poco,  
bástale a un loco el ser loco,  
no le acrecentéis el mal.

REY

Pues retiradle.

MANRIQUE

Ésa ha sido (Aparte.)  
la mejor resolución:  
mas pesa que la razón  
de un discreto presumido. (Llévanla.)

BLANCA

Voyme a llorar su rigor, (Aparte.)  
porque en tanto padecer,  
no hay dolor como tener  
paciencia para un dolor.

(Vase.)

REY

Mucho mi sospecha crece, (Aparte.)  
acción ejecuta ufano  
tan despechada un villano,  
que a Manrique se parece.  
Pierde cobarde el sentido  
de un noble; ¡dolor infiel!  
¿El condestable por él  
vuelve? Mucho he discurrido,

CONDESTABLE

Ya, señor, la gente queda  
en el monte repartida,  
y dispuesta la batida  
por la fragosa arboleda,  
con multitud de soldados  
tal, que no se escaparán  
los corzos, pues morirán  
en el número anegados.

REY

Por saber que Blanca está  
con la caza divertida,  
he dispuesto esta batida,  
y por si intentaren ya  
los castellanos alguna  
salida, quiero llevar  
tropas, que no hay que fiar  
en la guerra y la fortuna;  
y así mi cariño trata

que Blanca la venga a ver.

CONDESTABLE

¿Cómo Blanca puede ser  
a tantas honras ingrata?

REY

Pues otra mayor intento  
haceros, entre los dos,  
se quede, que sólo a vos  
fiara mi pensamiento:  
muchos hay que no han creído,  
que don Manrique es el muerto,  
y entre si es cierto, o no es cierto  
está el vulgo dividido:  
fío de vuestro valor,  
Velasco, que le retéis,  
y que en cartel le llaméis  
públicamente traidor;  
pues así saber procuro  
si se oculta, o no, con arte,  
y del campo, de mi parte  
le ofreceréis el seguro;  
porque si él vive, es forzoso,  
siendo noble, aunque es infiel,  
que parezca, y al cartel  
os responda valeroso;  
y si él que a Blanca sirvió,  
os hace dificultad,  
Velasco, considerad  
que soy quien lo manda yo.

(Vase.)

CONDESTABLE

Oíd, esperad, señor:  
¡fiera pena, grave mal!  
el alma se halla neutral  
entre el amor y el honor:  
no temo (¡ah suerte tirana!)  
cuando el cartel se publique,  
el agravio de Manrique,  
sino el ceño de su hermana.  
En vano obligarla piensa  
mi desesperado amor;  
¿no bastaba su rigor,

sin añadirla una ofensa?  
Mas si es fuerza, y arrestado  
voy, nadie impedirlo intente,  
pues se añade a lo valiente  
también la desesperado.

*Escena VIII*

Decoración de bosque.

(Tocan cajas y clarines, y salen SOLDADOS, NUÑO, y doña ELVIRA.)

ELVIRA

En esta verde espesura,  
en cuyo denso boscaje,  
músico el céfiro blando  
pulsas en susurros suaves,  
verdes sonoras hojas  
de los álamos y sauces,  
queden ocultas mis tropas,  
que pues Castilla me hace,  
por hermana de Manrique,  
en cuyas hazañas grandes,  
inflamado alienta el bronce,  
elocuente vive el jaspe,  
cabeza de sus milicias,  
contra la saña arrogante  
de Fernando de León,  
y tanta máquina grave  
sobre mis hombros, no sé  
si se sustenta, o si yace,  
hasta tanto que al Campillo  
numeroso un convoy pase,  
que he de cortar valerosa,  
aquí mi gente descansa,  
sirviendo de dosel, ese  
obelisco vegetable,  
cuyo peso, el suelo oprime,  
cuyo vuelo estrecha el aire.

NUÑO

Gallarda Palas, hermana  
de nuestro difunto Marte,  
que de los mayores héroes  
eres bellísimo ultraje,

perdóname, que no ha sido  
mucho cordura arriesgarte,  
para romper un convoy  
tú en persona, pues si sabes  
que a San Esteban gobiernas  
con esfuerzo vigilante,  
que está en su poder el rey,  
a quien no conoce nadie,  
sino por un hijo mío,  
porque dejen de buscarle  
los leoneses, ¿cómo intentas  
tan resuelta aventurarte?  
Para funciones como ésta  
tienes aquí capitanes,  
que aunque viejos, aún sabrán  
hacer lo que se les mande.

ELVIRA

Nuño Almegir, mi valor  
no me consiente quedarme  
en San Esteban: es bien,  
decid que los homenajes  
que escogí para defensa  
¿me hayan de servir de cárcel?

NUÑO

Ruido en el monte se escucha.

ELVIRA

Pues, soldados, a emboscarse,  
y los rudos troncos sirvan  
de bárbaros baluartes.

*Escena IX*

MANRIQUE y MARÍN.

MARÍN

¿Dónde vas?

MANRIQUE

Voy a morir.

MARÍN

Bellísimo disparate:

¡qué haya hombre tan majadero,  
que se muera por matarse!

#### MANRIQUE

Ay, Marín, es tan terrible,  
es tan furioso, es tan grande  
el tormento que me aflige,  
el dolor que me combate,  
que el ver que tengo paciencia  
me obliga a desesperarme;  
porque no hay mal más terrible  
que el sufrimiento en los males:  
pensarás que fue tibieza  
que los sentidos faltasen,  
que caducase la vida  
en un hombre de mi sangre  
y de mi valor, al ver  
mis celos; pues no te espantes,  
Marín que yo diré a voces,  
que si alguno lo culpare,  
no ha sabido tener celos:  
¡mas qué ignorancia tan grande!  
Harto sabe (¡ay infeliz!)  
quien tener celos no sabe.  
Casos hay en que es valor  
no tener valor, pues nadie  
habrá que viendo sus celos,  
cuando a impedirlos no baste,  
no muera, no desfallezca,  
no caduque, no desmaye,  
no zozobre, no fluctúe,  
no desespere, no rabie;  
y si a alguno le sucede,  
no a mí, pues para esforzarme  
no tengo aliento ni brío,  
que un sufrimiento cobarde,  
es valor en la paciencia;  
pero es un valor infame:  
mal hubiese, mal hubiese  
el tosco, el mísero traje  
de un vil hermano, que pudo  
tan humilde disfrazarme,  
pues si mudarme no supo  
en tan riguroso lance  
el sentimiento: ¿qué importa  
que el adorno me mudase?

Ahora conozco a cuanta  
desdicha nace el que nace  
a inferior fortuna, cuando  
tiene espíritu arrogante  
y altivo, porque no puede,  
en extremos desiguales,  
sufrirse a sí, si a otro sufre,  
vivir si no sufre a nadie.

MARÍN

Déjate de esas locuras,  
que el rey, que a caza esta tarde  
salió, ya las avenidas  
va ocupando, y ya los aires  
puebla el sonoro estruendo,  
en la traílla y el guante  
de cascabeles que suenan,  
y de sabuesos que laten.

(Dentro.)

Herido va el jabalí.

UNO

A la fuente.

OTRO

Al cerro.

TODOS

Al valle.

*Escena X*

Dichos y BLANCA.

BLANCA

Como que sigo a esta fiera,  
aquí pretendo ocultarme,  
donde el alma se retire  
a interiores soledades,  
cuando Manrique ¿qué es esto?

MANRIQUE

Esto es, ingrata, pasarme

a Castilla huyendo (¡ay triste!)  
mi desdicha, tus crueldades,  
tus traiciones, tus rigores,  
mis tormentos, mis pesares,  
y mis celos, (ya lo dije)  
pues la fortuna inconstante,  
la fuerza de un poderoso,  
y tu condición mudable,  
(¡ah ingrata mujer!) podrán  
hacer que me desengañe,  
mas no que sufra, que uno es,  
si llega a considerarse,  
desaire de la fortuna,  
y otro es del valor desaire.

BLANCA

Mi bien, mi señor, mi dueño.

MANRIQUE

No tiranamente afable  
líquidas estrellas lluevan  
de dos soles de azabache:  
traidora ofendes y lloras;  
¿qué resistencia hay que baste  
con este líquido encanto?  
¿Qué intentan tus impiedades?  
¿Quieres que te desenoje  
de lo que tú me agraviaste?  
Si ofreciste al rey que habías  
(vanos recelos, dejadme)  
de considerar sus prendas  
para persuadirte a amarle.

BLANCA

Ay mi bien, si bien supieses  
de mi proceder constante,  
que tienes que agradecerme,  
lo que llegas a culparme.

MANRIQUE

¿Esto más? ¿Cuanto va que  
consigues en mi dictamen  
(según eres) que yo mismo  
te agradezca que me mates?

BLANCA

¿A un poderoso ofendido,  
porque tú no peligrases,  
fue delito procurar  
con un engaño templarle?

MANRIQUE

Calla, alevosa: ¿no era  
mejor, di, que lo negases?  
¿El repetirme la culpa  
es modo de disculparte?

BLANCA

Tú no te has de ir.

MANRIQUE

Suelta.

*Escena XI*

Dichos y CASILDA.

CASILDA

Suelta.

MARÍN

Mujer, el diablo te trae  
siempre a enredarnos, pues eres  
siguiéndole en cualquier parte  
mujer a latere, y él  
marido a nativitate.

CASILDA

Agarrar a mi marido,  
es indecencia muy grande:  
¿y a mis ojos? ¿A mis ojos?

BLANCA

¡Esto falta a mis pesares!  
quita villana.

CASILDA

No quiero,  
ella es quien ha de apartarse,  
que mi marido futuro,  
aunque pretende inquietarle,

es muy mío, que a estas horas  
me costó más de cien reales.

MARÍN

No es muy barato el marido  
para haber sido de lance.

MANRIQUE

Dice bien, que es mi mujer,  
y yo no puedo negarle,  
que la quiero y que la adoro.

CASILDA

Y vos, pues esto escuchasteis,  
no inquietéis hombres casados,  
que en el Campillo hay galanes.

BLANCA

¡Cielos! ¿Por una villana  
este desprecio me hace,  
ofendiendo mis cariños,  
y ajando mis vanidades?  
¡Qué ira!

CASILDA

Porque lo vea,  
vuelve, mi Juan, a abrazarme.

MANRIQUE

Bárbara, villana, quita,  
no me obligues a arrojarte,  
donde este río te ofrezca  
monumentos de cristales.

CASILDA

¿Qué te ofende?

MANRIQUE

Ser mujer,  
que si todas son iguales,  
a todas las aborrezco  
por falsas y por mudables.

CASILDA

¡A mi este respingo, cielos!

BLANCA  
¡Cielos a mí, este desaire!

CASILDA  
De él se ha de vengar mi furia.

BLANCA  
De él mi enojo ha de vengarse.

CASILDA  
¡Ah ministros!

BLANCA  
¡Ah soldados!

MARÍN  
Por Dios, señores que callen,  
que al espartillo podrán  
coger entrambos gaznates.

BLANCA  
¡Ah soldados de León!

CASILDA  
Guadamaciles, y alcalde.

MANRIQUE  
Casilda oye, Blanca advierte.

MARÍN  
¡Ah si ahora se acatarrasen!

BLANCA  
Venid, que aquí esta Manrique.

CASILDA  
Venid a prender el sastre.

*Escena XII*

Dichos, y sale por un lado el ALCALDE con VILLANOS, y por el otro FORTUN y SOLDADOS.

FORTUN  
¿Dónde Manrique estará?

VEJETE

¿Dónde el sastre se ocultó?

CASILDA

Válgamos Dios, ¿quice yo?

BLANCA

¿Ay Dios, ¿en qué riesgo está?

MANRIQUE

¡Ah mujeres ofendidas!

¿Quién hay que sufriros pueda?

MARÍN

No diera en una almoneda  
dos blancas por nuestras vidas.

BLANCA

Que es el sastre les diré.

CASILDA

Que es Manrique diré ya.

VEJETE

¿Adónde este sastre está?

FORTUN

¿Por dónde Manrique fue?

BLANCA

Ese Sastre.

MANRIQUE

Y muy honrado.

BLANCA

Lo dirá, pues lo vio ya.

(Vase.)

CASILDA

Don Manrique os lo dirá,  
que es el que está disfrazado.

(Vase.)

MARÍN

Entre cuero y carne estoy,  
como la espina, metido.

VEJETE

Éste es el sastre atrevido:  
¿piensa que tan tonto soy?  
Venid preso.

FORTUN

Vuecelencia  
venga preso.

VEJETE

Ea llevadle.

MANRIQUE

Al capitán u alcalde  
es fuerza hacer resistencia: (Aparte.)  
como humilde, la justicia  
me busca por homicida,  
y tanta gente lúcida  
por Manrique me codicia:  
el alcalde es un villano,  
que poca gente acaudilla,  
mas de mi rey de Castilla  
vibra la vara en la mano:  
el capitán, trae con brío,  
muchos soldados armados;  
pero de un rey son soldados,  
que es enemigo del mío:  
resistirle solicito;  
pues más a buscar con vida,  
que contra el rey un delito:  
esto ha de ser en efecto:  
señor capitán.

FORTUN

¿Qué manda  
vuecelencia?

MANRIQUE

Oid aparte.

MARÍN

Mucho el temor me embaraza,  
que pienso que con el sastré  
tenemos obra cortada.

MANRIQUE

Manrique de Lara soy,  
y porque ya que se añada  
una desgracia, no venga  
con desaire la desgracia,  
os suplica, que ausentéis  
esos villanos, que infaman  
mi nombre, pues yo estoy pronto  
a rendirme a vuestras armas.

FORTUN

Si llevo a Manrique preso,  
¡qué grandes premios me aguardan!

MANRIQUE

Auséntese la justicia, (Aparte.)  
que el riesgo no me acobarda.

FORTUN

Idos, villanos de aquí,  
que a nosotros reservada  
está esta prisión.

VEJETE

Par Dios,  
si su merced mos dejara  
le había yo de ahorcar,  
sin escocharle palabra,  
que ya el escribiano tiene  
muy sustanciada la causa.

*Escena XIII*

FORTUN, MANRIQUE y MARÍN.

FORTUN

Vuecelencia, señor, venga,  
que yo, y estos camaradas  
le iremos sirviendo humildes,  
más de escolta, que de guarda.

MANRIQUE

¿Luego ustedes han creído  
que soy Manrique de Lara?

FORTUN

¿Pues no?

MANRIQUE

Caballeros míos,  
no andemos en pataratas,  
yo soy sastre en el Campillo,  
sucedíome una desgracia,  
persígueme la justicia,  
válime de esta maraña  
para escapar de sus manos;  
lo que resta, es que se vayan  
por ahí vuestas mercedes,  
yo por aquí, y santas pascuas.

FORTUN

Eso no, que ya el llevaros,  
seáis quien fuereis, a las plantas  
del rey, mi persona aquí,  
sin que otro recurso haya  
se empeñó.

MANRIQUE

Vuestra persona  
muy buena es para empeñada,  
que vale cualquier dinero;  
pero yo no he de sacarla  
del empeño, y si lo intenta,  
no os arriendo la ganancia.

FORTUN

En fin habéis de ir.

MANRIQUE

No he de ir,

FORTUN

¿Cómo si mi gente es tanta,  
y vos sois solo, podréis  
resistirlo?

MANRIQUE

A cuchilladas. (Embiste.)

MARÍN

A ellos, sastre que cortas  
con tijera, y con espada.

(Dentro TODOS.)

TODOS

Acudid, acudid todos.

FORTUN

Un rayo es, que se desata.

*Escena XIV*

MANRIQUE y MARÍN, y salen el REY, el CONDESTABLE, BLANCA, CASILDA y SOLDADOS, y con venablo la DAMA.

REY

¿Qué es esto?

CONDESTABLE

Tened soldados,  
suspended todos la saña.

MANRIQUE

En grande peligro estoy.

CASILDA

¡Ay Juan mío de mi alma!

BLANCA

¡Cielos ya se ha convertido  
en compasión mi venganza!

REY

¿Qué es esto, digo otra vez?

MARÍN

Yo lo diré, pues que callan  
todos: señor, esto es,  
que a este loco, a este panarra  
de este sastre (que gran gusto  
es decir muchas infamias,

de cuando en cuando un criado,  
de su amo cara a cara)  
le dio un frenesí, de aquellos  
que siempre sujetos andan  
a crecientes de la luna;  
aunque si bien se repara,  
también se queda a la luna  
cualquier locura menguada.  
El que algunas veces dice,  
que es rey, algunas, que es papa:  
como ha oído decir siempre,  
que a don Manrique de Lara  
se parece, dio en que era él;  
viendo que lo declara,  
esos soldados que veis  
y vendiendo muchas fanfarrias,  
valientes áncoras vivas,  
fueron a echarle la garra;  
pero mi amo entonces, viendo  
que hacen del peligro gala,  
a fuer de sastre pretende  
acuchillarles las calzas.

#### CONDESTABLE

Loco en fin.

#### REY

Recelos, mucho  
mis sospechas se declaran;  
hacedle colgar de un árbol.

#### MANRIQUE

¡Ay suerte más desdichada!  
Fuerza es fingir mi locura, (Aparte.)  
Vamos, pues el rey lo manda,  
donde en la primera encina  
he de ser bellota humana,  
mas yo resocitaré,  
e volveré de fantasma  
a asombrarle en cualquier parte.

#### CASILDA

Señor rey, por las entrañas  
de la Virgen no me dejen  
doncella y desmaridada.

BLANCA

Señor, ved que inútilmente  
se ejercita vuestra saña,  
porque en un loco, el castigo,  
ni es castigo, ni es venganza.

REY

Dejadle, que ya no habrá  
sentencia tan temeraria  
que le condene, si él tiene  
tal indulto, que le valga:  
si es Manrique, viva y viva  
siempre a mi vista, pues clara  
cosa es, que si muere ahora,  
y como noble lo calla,  
de saber donde está Alfonso  
perderé las esperanzas.

MANRIQUE

¡Qué aún la dicha de vivir  
ha de venir disfrazada  
a no conocer si es dicha  
en unos celos! ¡Oh ingrata!  
¿Por mí pides? ¡No es mejor  
una muerte, que una rabia!

REY

Ahora falta otra experiencia:  
supuesto que ella es la causa  
de la muerte y la pendencia,  
dad la mano a esa villana.

CASILDA

Eso, sí señor.

MANRIQUE

¡Ay triste!

BLANCA

¡Qué dolor!

CASILDA

¡Qué gusto!

MANRIQUE

¡Qué ansia!

MARÍN

¿Pues para qué dicen, que  
le perdonan si le casan?

BLANCA

¡Ay infeliz! De sus labios  
pendiente está toda el alma.

MANRIQUE

¡Ay de mí! Que al ver que cortan  
los vuelos a mi esperanza,  
el corazón en el pecho (Aparte.)  
tiene abatidas las alas:  
sin Blanca, vivir no puedo.

MARÍN

Hombre, dame aquesa mano:  
¿qué te yelas? ¿Qué te pasmas? (Aparte.)

MANRIQUE

Yo, sí, ¡ay Blanca!

MARÍN

¿Cuánto va  
que otra vez se nos desmaya?

REY

¡Cielos, éste es otro indicio!

BLANCA

Aún con la duda me agravia.

CONDESTABLE

¿A qué aguardáis?

REY

¿Qué esperáis?

MANRIQUE

Espero.

(Dentro.)

(Clarines.)

Guerra, guerra, arma.

REY

¿Qué es esto?

CONDESTABLE

A lo que parece,  
entre las ásperas ramas,  
los castellanos, nos van  
cortando en una emboscada.

MANRIQUE

Para estorbar la mía, vino  
a buen tiempo su desgracia.

(Dentro ELVIRA.)

ELVIRA

Mueran todos, y pegando  
fuego a los troncos y jaras,  
a nuestros incendios, sea  
verde Troya esa campaña.

REY

Esto es lo primero: todos,  
en defensa de estas damas,  
hagamos frente.

CONDESTABLE

Antes que  
nos corten la retirada,  
ocupemos las surtidas.

BLANCA

Nosotras, en confianza  
de su defensa, podremos  
escapar.

CASILDA

¡Ay desdichada!

REY

A ellos, leoneses.

(Dentro NUÑO.)

NUÑO

A ellos, castellanos.

TODOS

Arma, arma.

*Escena XV*

MANRIQUE y MARÍN.

MARÍN

¡Qué haremos ahora nosotros,  
señor, cuando ya trabada  
la escaramuza, unos y otros,  
por cascarnos, nos atacan?

MANRIQUE

No es poca dificultad,  
pues de una parte mi dama  
y de otra mi rey, no sé,  
que resuelva; aquí me llama  
mi amor, y mi honor aquí,  
y a vista de la batalla,  
mientras está ociosa, está  
mi persona desairada.

(Dentro ELVIRA.)

ELVIRA

¡Ay infeliz de mí!

MANRIQUE

Pero estas voces aclaran  
mi duda.

(Dentro ELVIRA.)

ELVIRA

¿Así castellanos,  
mi valor se desampara?

MANRIQUE

Ya es otro el empeño, ¡cielos!  
que esta voz es de mi hermana.

(Dentro.)

¿No hay quién me socorra?

MANRIQUE

Sí.

(Dentro.)

¡No hay quien me socorra!

MANRIQUE

Sí,

ya mi valor te acompaña,  
que antes que todo es mi amor.

(Dentro ELVIRA.)

ELVIRA

Soldados ¿no hay quien me valga?

MANRIQUE

¡Cielos! ¿Qué haré en tantas dudas?

¡O quien acudiera a entrambas!

A mi dama por mi amor,  
y a mi hermana porque en tantas  
desdichas, es el escudo  
de mi rey y de mi patria.

MARÍN

Tú has hallado linda duda  
para no sacar la espada.

MANRIQUE

¿Eso sospechas, villano?

Pero supuesto que estaba  
debajo de este disfraz  
con adornos y con galas (Desnúdase.)  
para pasarme a Castilla;  
disimularme esta banda,  
que la ocasión me dirá  
lo que he de hacer.

*Escena XVI*

BLANCA con el venablo, y ELVIRA con la espada desnuda, y después MANRIQUE.

ELVIRA

Ya que pude, acompañada  
de mi gente, de un peligro  
salir, viéndote, bizarra

leonesa, de ese venablo  
blandir arrogante el asta,  
siguiéndote vengo.

BLANCA

Pues

suspende veloz la planta,  
castellana, si no quieres  
que su cuchilla acerada  
te detenga.

ELVIRA

Tu escarmiento  
castigará tu arrogancia.

BLANCA

Tu soberbia.

(Al ir a embestirse, sale MANRIQUE, con la banda en el rostro, y se pone en medio.)

MANRIQUE

Suspended  
bellas deidades la saña.

LAS DOS

¿Quién eres, hombre?

MANRIQUE

Quien sólo  
pretende, que no combatan  
dos soles, dos firmamentos,  
dos prodigios.

BLANCA

Quita.

ELVIRA

Aparta.

(Dentro FORTUN.)

FORTUN

Acudid todos, que está  
en grande peligro Blanca,  
y es doña Elvira la que  
ya de su gente apartada

se mira; llevadla presa

MANRIQUE

No es fácil, mientras mi espada  
sabe estorbarlo.

ELVIRA

Y la mía.

BLANCA

Y yo, que es acción hidalga,  
amparar al enemigo.

(Los tres a una parte.)

*Escena XVII*

Dichos, y el CONDESTABLE con banda en el rostro.

CONDESTABLE

Viendo el riesgo en que se halla  
Elvira, a favorecerla  
mis lealtades se disfrazan.

ELVIRA

¿Quién sois vosotros, a quien  
hoy debo finezas tantas? (Se pone a su lado.)

MANRIQUE

Yo no sé quién soy.

CONDESTABLE

Yo sí,  
Elvira, que quien te ampara  
es quien este guante tiene. (Désele.)

ELVIRA

Para conoceros, basta.

FORTUN

Daos a prisión.

TODOS

De esta suerte  
veréis la empresa lograda. (Embisten.)

ELVIRA

Yo os agradezco el socorro,  
y me ausento, porque airada  
en mi defensa, mi gente  
viene, diciendo.

(Vase.)

(Dentro.)

Arma, arma.

BLANCA

¿Quién serán estos soldados?  
Más supuesto que se avanzan  
al monte, y a mí me dejan  
segura la retirada,  
yo me ausento.

*Escena XVIII*

MANRIQUE, el CONDESTABLE y luego el REY.

MANRIQUE

¿Pensaréis  
que queda muy obligada  
mi persona del socorro?  
Pues antes es tan contraria  
la acción, que he de saber quien  
tan a costa de mis  
pudo hasta ahora guardar prenda  
que volviese a aquella dama.

CONDESTABLE

Sólo el acero responde (Riñen.)  
a pregunta tan osada.

(Sale el REY.)

REY

¿Qué es esto? ¿Quién son los que  
para reñir se disfrazan?

MANRIQUE

Un enigma es.

CONDESTABLE

Un portento.

MANRIQUE

De desdichas.

CONDESTABLE

De desgracias.

LOS DOS

De rabias, iras y males,  
que al veros a vos la cara.

MANRIQUE

Aunque se ausenta, no huye.

CONDESTABLE

Se ausenta, y no se acobarda.

REY

Puesto que los castellanos  
van dejando la campaña,  
a ellos, leoneses míos,  
pues importa poco o nada  
que sean portentos o enigmas  
de iras, de males, de rabias,  
cuando dice el ronco estruendo  
de las trompas y las cajas.

ÉL y TODOS

Arma, arma, guerra,  
guerra, guerra, arma, arma.

### ACTO III

#### *Escena I*

Decoración de campo frente a los muros de San Esteban.

(Salen MANRIQUE y MARÍN disfrazados como de noche.)

MANRIQUE

Cuando piso del prado las alfombras,

se me anegan los ojos en las sombras.

MARÍN

La noche es tal, señor, que a lo que creo;  
tiento la obscuridad, mas no la veo.

MANRIQUE

En la tiniebla fría,  
la noche luce, y se oscurece el día.

MARÍN

Tanto, que al ir andando,  
aún con el pensamiento voy tentando.

MANRIQUE

Ya al valor tuyo y mío,  
de puente, y no de valla, sirvió el río.

MARÍN

Y como ya nadando me aviaste,  
el vado, aún las palabras te mojaste,  
que eres el primer sastre que procura  
remojar la palabra en agua pura.

MANRIQUE

Éste de San Esteban es el muro,  
y a su centro llegué ya tan seguro,  
a emprender la más notable hazaña  
que a la posteridad vincula España.

MARÍN

¿Señor, no me dirás a qué venimos?  
Del Campillo salimos,  
y este río esguazamos,  
y en San Esteban de Gormaz estamos.  
Declárate, que ya venir me apura  
con amo obscuro en noche tan oscura.

MANRIQUE

Ya sabes tú que osados,  
algunos castellanos emboscados,  
siendo su verde noche la montaña,  
que en sombras vegetales nos engaña,  
ocultarse pudieron.

MARÍN

Ya sé que a los leoneses embistieron,  
y que al común arresto,  
la noche fue paréntesis funesto.

#### MANRIQUE

Pues sabe que después (aquí es preciso  
que te suspendas, Blanca me dio aviso,  
de que supo Fernando por muy cierto  
donde mi rey Alfonso está encubierto,  
y que un traidor de un castellano ufano,  
que es mucho ser traidor y castellano)  
al rey de León escribe que él se atreve  
(cuando el sol en pirámides de nieve  
se sepulte o se embarque en urna fría  
para llevar al Occidente el día,  
a entregarle esta plaza) ¡traición fiera!  
Como a la empresa un capitán viniera  
con seiscientos soldados,  
más que de acero de valor armados,  
que la seña sería estar cantando,  
como para impedir el sueño blando,  
pues en el muro está de centinela,  
que siempre en no dormirse se desvela:  
todo esto supo Blanca, porque tiene,  
viendo cuanto a mi vida le conviene;  
quien le investigue atento  
del rey cualquier motivo o pensamiento;  
yo (aunque tan presto) espero ver cumplido,  
osado y atrevido,  
el plazo señalado,  
en que públicamente me ha retado  
el Condestable (¡ay penas más crueles!)  
fijando en todo el reino los carteles:  
avisado del nombre y de la seña  
con mi valor altivo, que me empeña  
en la defensa de mi rey valiente,  
llegó a su muro anticipadamente  
a hurtar la seña y nombre,  
y a defender la plaza; no te asombre,  
que en cosas temerarias, el pensarlas,  
más es el emprenderlas que el lograrlas.  
Vengan, pues los leoneses, que a su brío,  
sepulcro hundoso le construye el río,  
llevando en vez de espumas,  
rotos arneses y mojadas plumas.

MARÍN

Y a eso sola venimos dos barbados  
solos, de noche, a oscuras y mojados  
de haber pasado el río, vados esquivos,  
sirviéndonos de tino  
el tener tan sabido este camino,  
que entre la oscuridad, sin vanagloria,  
¿nos pudo servir de ojos la memoria?

MANRIQUE

Hacia aquí siento ruido,  
tentar podemos ya con el oído.

MARÍN

¿Tentar con el oído? Guarda Pablo,  
que por ahí mil veces tienta el diablo;  
jamás he resistido  
la tentación dulcísima de oído.

(Canta un SOLDADO.)

SOLDADO

Con la sangre de Manrique,  
cuando del susto se quedan  
descoloridas las rosas,  
se encienden las azucenas,  
¡ay qué dolor, qué rigor, qué pena!  
Traiciones vivas, y lealtades muertas.

MANRIQUE

Ésta es la seña.

MARÍN

Tu tragedia canta.

MANRIQUE

Es de una dulce voz la fuerza tanta,  
de su dulzura tanto es el hechizo,  
que suspender la cólera me hizo;  
porque una habilidad tanto entretiene,  
que aunque en fin se aborrezca a quien la tiene,  
el rato lisonjero que se atiende,  
sino borra el enojo, le suspende;  
y aunque ahora cantar mi muerte intente,  
¿qué importa, si la canta dulcemente?

MARÍN

Disculpa tiene, el que a querer se emplea  
a dama que cantare, aunque sea fea,  
y aunque diga, al mirarla con enojos,  
¡oh si para la voz hubiese ojos!  
¡Oh si a la voz le diese cara el viento!  
¡Oh si la voz se viese por el tiento!

(Canta un SOLDADO.)

SOLDADO

Dióle la muerte un traidor  
cuando en un caballo vuela;  
pues a una muerte alevosa  
quien más huye más se acerca:  
¡ay qué dolor! etc.

MARÍN

Siempre al muerto le alaban mentecatos:  
¡Quién pudiera morirse algunos ratos!  
¡Oh siglo! Esto no puede ya sufrirse:  
¿para ser bueno es menester morirse?

MANRIQUE

Calla.

MARÍN

Que he de callar, si hay majaderos  
críticos y severos,  
que con juicio profundo,  
a otro no alaban porque está en el mundo,  
y aplausos dan eternos,  
al que estará quizás en los infiernos.

(Canta un SOLDADO.)

SOLDADO

De León el condestable,  
públicamente le reta,  
para matarle la fama  
ya que la vida está muerta:  
¿Ay qué dolor! etc.

MANRIQUE

Como anda mi tragedia tan válida  
ya se canta en Castilla.

MARÍN

Nunca olvida  
la poesía celebrar las glorias  
de los que solicitan las victorias:  
no hay hazaña o tragedia que no alaba  
los que no estiman a quien esto sabe,  
no es posible que intenten  
hacer jamás hazaña que les cuenten.

MANRIQUE

Éste el traidor, en fin, y ésta la seña  
es, ya el valor me empeña;  
y viendo el corazón, a que se atreve,  
para encenderse más sus alas mueve  
llamar: ¿quién creerá,  
que éste con las voces mismas  
que canta mi muerte, está  
celebrando sus exequias?

MARÍN

Quien te conozca;

MANRIQUE

Ah del muro: ah del muro.

*Escena II*

Dichos y un SOLDADO.

SOLDADO

(Arriba.) ¿Quién se acerca?

MANRIQUE

León, León.

SOLDADO

Ya os conozco,  
y bajo a abriros la puerta.

MANRIQUE

Engañóse con el nombre:  
¡es imposible que sea,  
ni noble, ni castellano,  
quien tal vil traición emprenda!

(Abren un postigo, y sale a él el SOLDADO.)

SOLDADO

¿Vos, según el nombre dijo,  
que os escuchó mi advertencia,  
de esta facción sois el cabo?

MANRIQUE

Sí soy.

SOLDADO

Pues haced que venga  
vuestra gente, en sorda marcha,  
acercándose a la puerta,  
que yo en ella estoy de posta.

MARÍN

Y aún a posta ha estado en ella.

MANRIQUE

¿Pues qué han de hacer?

SOLDADO

Ocupar  
torreones y fortalezas,  
y despierten los vecinos  
a la muerte, si despiertan.

MANRIQUE

Primero os quiero premiar.

SOLDADO

¿Cómo?

MANRIQUE

De aquesta manera (Dale.)  
te pago: muere traidor.

SOLDADO

Muerto soy.

MARÍN

Requiem eternam;  
buena paga.

MANRIQUE  
¡Qué traición,  
de esta suerte no se premia!

*Escena III*

Dichos, el CONDESTABLE y SOLDADOS.

CONDESTABLE  
Supuesto que el rey me envía  
a ejecutar la interpresa,  
y ya escuchamos la voz  
que ha de servirnos de seña,  
lleguemos a la muralla.

SOLDADO  
Las puertas están abiertas,  
y en ellas hay dos soldados.

MARÍN  
Por Dios, señor, que se acercan  
muchos, imagino que  
anda la noche funesta  
con el día a coscorrones.

MANRIQUE  
No sé yo de qué lo infieras.

MARÍN  
¿De qué? De que ahora les nacen  
mil bultos a las tinieblas.

CONDESTABLE  
Veamos si es el confidente:  
León.

MANRIQUE  
Ya su voz me altera:  
¿sois capitán leonés?

CONDESTABLE  
Yo soy.

MANRIQUE  
Llegad, que la puerta

abierta está, entrad tomando  
sus baluartes y almenas,  
antes que los ciudadanos  
despierten, y se defiendan.

CONDESTABLE

Ánimo, soldados míos:  
¡Ay Elvira, qué de penas  
me ocasionan, que me obliguen  
a hacerte tantas ofensas!  
Entrad.

*Escena IV*

MANRIQUE y MARÍN.

MARÍN

¿Qué intentas?

MANRIQUE

toca esa cala de guerra,  
que está en el cuerpo de guardia.

MARÍN

Yo tocaré de manera,  
que la haré bramar a palos. (Toca a rebato.)

MANRIQUE

Así haremos que lo sientan  
los vecinos, porque quede  
castigada la soberbia  
de los leoneses.

(Dentro TODOS.)

TODOS

Traición.

UNOS

A la muralla.

OTROS

A la puerta.

MANRIQUE

Ahora vamos al Campillo,  
a asegurar las sospechas  
de Blanca, y el rey, y a dar  
el orden en la defensa  
de mi honor, pues que mañana  
cumplido el término queda  
del reto, en que he de salir  
a defender la inocencia  
de mis lealtades; ¡fortuna,  
pues tantas ansias me dejas,  
en duelos de honor y celos,  
no te me muestres adversa!

(Vase.)

MARÍN

Vamos, pues dentro dejamos,  
trabada en esta contienda,  
batalla mojigangal,  
que hay vecino que pelea,  
resistiendo a los leoneses,  
en camisa y en calcetas.

UNOS

Arma, arma.

OTROS

Traición, traición.

TODOS

A la muralla, a la puerta.

*Escena V*

Doña ELVIRA, don NUÑO, y el REY don ALFONSO.

ALFONSO

No me detengáis.

ELVIRA

Señor,  
advertir cuanto se arriesga  
en vuestro peligro.

NUÑO

Aquí  
tenéis soldados, que pierdan  
por vos la vida, no hagáis  
la victoria contingencia.

ALFONSO

¿Cómo he de sufrir, que cuando  
valido de mi edad tierna,  
disfraza su tiranía,  
con pretexto de clemencia,  
el rey Fernando mi tío,  
obligándome a que sea,  
huyendo de sus piedades,  
prófugo, y vago en mi tierra,  
aún no me deje seguro  
en este retiro? Vengan  
mis armas, que yo el primero,  
opuesto a tanta fiereza,  
he de salir al rebato;  
a mis propios filos mueran,  
leoneses, que su arrogancia  
fabrican de mi paciencia.

NUÑO

No le dejéis vos, señora,  
salir, mientras va mi diestra  
a rechazar su intención.

(Vase.)

TODOS

Arma, arma, guerra, guerra.

ALFONSO

Yo he de castigar.

ELVIRA

Señor,  
humilde mi afecto os ruega,  
que os retiréis; no en tan corto  
débil trofeo se emplea  
la majestad de un monarca.

(Dentro.)

Mueran todos, todos mueran.

ELVIRA

Esto, señor, os suplico.

ALFONSO

Si haré, porque a lo que ordenas  
tú, Elvira, aunque lo repugne,  
no acierto a hacer resistencia,  
mas con una condición.

ELVIRA

¿Cuál es?

ALFONSO

Que pues tan opresa  
del leonés, toda Castilla  
en mi favor hace levadas  
de tropas, que a largas marchas  
mañana a estos campos llegan,  
me dejéis acaudillarlas,  
volviendo a cobrar con ellas  
mi usurpado reino; pues  
el corazón que me esfuerza,  
cada latido que pulsa  
es una hazaña, que alienta.

(Vase.)

ELVIRA

¡Oh majestad! Como luces,  
aún en las sombras envuelta  
de la infancia: qué bien dijo  
aquella antigua sentencia,  
que la ciencia del reinar  
nace al nacer los que reinan,  
pues como de sí la aprenden,  
sólo ellos a sí se enseñan;  
mas ya que se retiró,  
¿a qué aguarda mi soberbia,  
que del leonés no castiga  
la osadía? Y...

(Dentro.)

Muera, muera.

*Escena VI*

Salen los SOLDADOS acuchillando al CONDESTABLE,  
que cae a los pies de ELVIRA.

ELVIRA  
¿Qué es esto?

CONDESTABLE  
Dar a tus plantas,  
rendido un hombre, a la inmensa  
muchedumbre que le acosa:  
¿mas, qué veo? Elvira es ésta;  
muera matando, pues ya  
no hay otro medio en contienda,  
que a los ojos de su dama  
desairado un noble llega. (Embístelos.)

SOLDADOS  
Muera.

ELVIRA  
Deteneos, soldados.

CONDESTABLE  
Morid.

ELVIRA  
Vuestra ira suspenda  
mi persona.

CONDESTABLE  
Antes, señora,  
me irrita vuestra presencia.

ELVIRA  
El condestable es, ya este  
empeño es de otra materia:  
dejadle.

SOLDADOS  
¿Tú le defiendes?  
¿Siendo de aquellos, que intentan  
sorprendernos, y quien viendo  
frustrada su estratagema,

ha hecho en los castellanos,  
con valiente resistencia  
tal destrozo?

ELVIRA

Sí, que ya  
por mi prisionero queda,  
y de algo le ha de servir  
dar a mis plantas.

SOLDADOS

Pues vuelva  
nuestra ira a castigar,  
furiosa, osada y sangrienta  
a los demás, repitiendo.

TODOS

Arma, arma, guerra, guerra.

(Vanse.)

CONDESTABLE

Si supiera yo, que había  
de ser hoy, Elvira hermosa,  
de puro infeliz, dichosa  
la feliz desgracia mía:  
yo propio la buscaría,  
sin hacerla resistencia;  
porque fuera en mi dolencia,  
el llegar a ti rendido  
elección, a no haber sido,  
en el destino, violencia.

ELVIRA

Más propicio a mi albedrío  
hoy el acaso se muestra;  
pues a ser fineza vuestra,  
no fuera trofeo mío.

CONDESTABLE

¿Conoceisme?

ELVIRA

Vuestro brío  
me advirtió en una ocasión  
esta prenda.

CONDESTABLE

Con razón  
vuestra es.

ELVIRA

Mía no ha sido.

CONDESTABLE

Para estar desvanecido  
me basta la presunción.

ELVIRA

Vuestra generosidad  
no estimo.

CONDESTABLE

¿Por qué ocasión?

ELVIRA

Porque hay hoy mayor razón  
para daros libertad,  
no por aquella piedad,  
con que mi vida, propicio  
defendisteis, doy indicio,  
de que en mí halléis recompensa,  
que he de hacer por una ofensa,  
más que por un beneficio.

CONDESTABLE

¿Cómo?

ELVIRA

Vos habéis retado  
a mi hermano de traidor,  
por vos hoy se halla su honor  
públicamente infamado:  
yo en sus manos he jurado,  
defender (¡ah dura suerte!)  
su opinión; con que al que fuerte  
hoy a lidiar me convida,  
he de guardarle la vida,  
para darle luego muerte.  
Quien a mi hermano retó  
sólo reta, sólo infama  
a quien defender su fama

en su cadáver juró:  
a mí, puesto que él murió,  
toca lidiar, pues no impida  
el duelo vuestra venida,  
que daros libertad osa  
mi atención, de valerosa  
mejor que de agradecida.  
Idos, pues, que en la estacada  
mañana pareceré  
donde la muerte os daré.  
Tal es mi fortuna airada,  
que contra mí declarada,  
sin qui mi afecto lo impida,  
me hace tener ofendida  
a quien deseo obligada.

ELVIRA

¿Y el ofender es querer?

CONDESTABLE

No; pero es en tal pesar  
remedio el idolatrar  
a la que llegue a ofender.

ELVIRA

¿Eso cómo puede ser?

CONDESTABLE

¿Cómo, si a una dama bella  
quiso mi cruel estrella  
que ofenda mi sinrazón,  
parece satisfacción  
morirme luego por ella.

ELVIRA

Muy dura cosa es querer  
el odio a efecto pasar,  
demás que eso es buscar  
nuevo modo de ofender.

CONDESTABLE

Más fineza viene a ser,  
pues si un imposible sigo,  
al ver que ha de usar conmigo  
su desdén y su razón,  
ya me pongo en la ocasión

de que ella me dé el castigo;  
pero esto aparte, mirad,  
que si en el duelo os metéis,  
a un desaire me exponéis  
en una publicidad:  
de espacio lo reparad,  
pues rendido y cortesano,  
que no he de reñir es llano;  
y si me muestro rendido,  
mi crédito está perdido.

ELVIRA

Primero es el de mi hermano,  
yo por él he de lidiar.

CONDESTABLE

Ved que el rendirme me infama,  
pues no saben que sois dama.

ELVIRA

¿Pues hay más que pelear?

CONDESTABLE

Como, si es fuerza quedar  
muerto de cualquiera suerte,  
si me matáis, ya se advierte,  
si os mato, pierdo mi vida,  
y muero si a vuestra herida  
no logro una dulce muerte.

ELVIRA

Podéis hacer: ¿mas qué es esto?

¿Conmigo os aconsejáis?

¿No os he dicho ya que os vais?

Libre os miráis, idos presto.

CONDESTABLE

A obedeceros dispuesto  
estoy.

ELVIRA

Oíd. (Quiere irse.)

CONDESTABLE

¿Qué mandáis?

ELVIRA

Que a esos jardines salgáis,  
por donde está bajo el muro,  
y saltando del, seguro  
fuera de la plaza estáis;  
y tomad, que yo. (Dadle el guante.)

CONDESTABLE

Mi amor,  
que estima tanto, advertid,  
el favor.

ELVIRA

Tened, oíd:  
¿quién os dijo que es favor?  
El presumirlo es error,  
que al defenderme atrevido,  
fuiste por él conocido,  
y quiero con vana gloria,  
quedarme aún sin la memoria  
de que algo os haya debido.

CONDESTABLE

Mi fina cortesanía,  
que estima, señora, muestra  
llevarse memoria vuestra,  
aunque os quite alguna mía.  
Loca, vana fantasía,  
dale a mi industria favor,  
para que pueda el valor  
que mi heroico pecho inflama,  
sin pelear con mi dama  
dejar bien puesto mi honor.

*Escena VII*

Dichos y NUÑO.

NUÑO

Ya cuantos leoneses fieros  
dentro de la plaza entraron,  
a nuestro valor quedaron,  
o muertos, o prisioneros.

(Clarines.)

ELVIRA  
¿Qué es esto?

NUÑO  
Que linsojeros  
clarines con dulce acento,  
rompen el nombre.

ELVIRA  
Ya intento  
saber si son de contrarios  
esos tafetanes varios  
de que ahora se viste el viento.

NUÑO  
Yo, señora, las banderas  
que ya claras divisamos,  
las tropas son que esperamos  
de Castilla; sus hileras  
van poblando estas riberas.

ELVIRA  
Pues prevenid, que mañana,  
cuando risueña y ufana  
la Aurora empieza a rayar,  
al Campillo han de marchar,  
(¡ay necia memoria vana!) (Aparte.)  
no me acuerdes que ha de ser  
hoy cuando salga a lidiar,  
pues causas un recelar,  
que parece que es temer:  
que importa que tu poder  
se ostente contra el que aquí  
se mostró rendido así;  
pero en el choque cruel,  
no espero vencerle a él,  
si antes no me venzo a mí.

*Escena VIII*

Decoración de una quinta con jardín.

(Sale BLANCA.)

## BLANCA

Loco pensamiento mío,  
ya que una vez mi tirana  
fortuna quiere que a solas,  
hable contigo, a batalla  
te llamo; y bien digo, pues  
siendo tú quien siempre habla  
conmigo poco cortés,  
aún no me adulas mis ansias,  
pues no permite que yo  
crea las imaginadas  
dichas que fabrico en ti:  
¿quién te mete, necio en tantas  
advertencias, pues severo  
mis delirios y fantasmas,  
al creer yo que son dichas,  
me acuerdas tú que son vanas?  
Y cuando contigo mi afecto descansa  
con el alma hablando no me hablas al alma.  
Dejo aparte que ya el rey  
con vivas sospechas anda  
de que Manrique es Manrique:  
dejo aparte que su hermana,  
convocando de Castilla  
propias y auxiliares armas,  
en poner en libertad  
a su rey está empeñada:  
dejo que Fernando altivo  
en el Campillo se acampa  
todo este tiempo, no tanto  
(como él dice) por mi rara  
hermosura, de quien teme  
hacer ausencia; que vanas  
quedamos todas, oyendo  
las finezas cortesanas  
de los hombres, que a ninguna  
pesa jamás de escucharlas,  
sin que haya alguna que piense  
que en sus afectos la engañan,  
pues todas les creen sus penas y ansias;  
porque todas juzgan que pueden causarlas.  
No tanto por esto digo  
permanece en esta estancia,  
cuanto porque desde aquí  
tienen sus tropas bloqueada,  
desde sus alojamientos,

la fuerte, importante plaza  
de San Esteban, en donde  
el rey Alfonso se guarda,  
hasta que a poner real sitio  
dé mas lugar la templada  
primavera, que florida,  
dando al campo nuevas galas,  
cuando los arroyos del hielo desata  
al nevado monte liquide las canas.  
Todo esto en efecto dejo,  
y voy a las dos más agrias  
penas, que hoy van a mis penas  
añadiendo circunstancias;  
la primera es que avisé  
a Manrique que intentaba  
sorprender a San Esteban  
Fernando, bien que ignoraba  
yo, que mi hermano sería  
de facción tan arriesgada  
cabo y director que entonces  
de ningún modo avisara;  
pues menos importa, que  
logre tan indigna hazaña,  
que no que su vista corra amenazada,  
en golfos de acero, sangrienta borrasca.  
Demás de eso, mas me aflige  
ver que el día que señala  
el cartel al reto, es hoy  
con que es fuerza declarada,  
de Manrique la persona,  
que en la sangrienta batalla,  
hermano o esposo pierda,  
sin saber de dos infaustas  
tragedias, cual es menor:  
¡oh quien algún modo hallara  
de impedirlo! Que aunque sé,  
que Elvira vive engañada  
con la muerte de Manrique,  
y según es su arrogancia,  
por el homenaje que hizo,  
no dudo que al duelo salga,  
no hallo yo pretexto alguno,  
con que quedando salvada  
la objeción de mi decoro,  
entro yo en esta batalla,  
no tanto para vencerla,

cuanto para embarcarla:  
mas ay que si penas a mi pecho asaltan,  
mal descansa quien, en un mal descansa.  
Hoy, pues...

*Escena IX*

BLANCA, y sale MANRIQUE.

MANRIQUE  
Feliz yo, si acaso  
la suspensión, que embargadas  
al parecer, tiene todas  
tus acciones, y palabras  
me concede Blanca hermosa,  
ocupar entre tus vagas  
especies una memoria,  
que es señal de que me amas,  
si te escuchas, puesto que aún así se engaña  
oye lo que quiere quien consigo habla.

BLANCA  
No poca parte, Manrique  
tiene siempre en las fantasmas,  
que mi idea asombran, pues  
siempre mi idea ocupada  
tiene tu memoria, aunque hoy  
dos imanes, con dos causas,  
la están violentando.

MANRIQUE  
Dos.

BLANCA  
Sí.

MANRIQUE  
Declárate Blanca,  
pues aunque un amante tenga confianza  
¿a quién oír dos, no le sobresalta?

BLANCA  
El uno son tus fortunas,  
y el otro dos temerarias  
empresas, en que hoy mi hermano

tiene la vida arriesgada:  
vuestro duelo (¡ay de mí triste!)  
si acaso con bien escapa  
de San Esteban.

MANRIQUE  
¿Luego él  
era quien acaudillaba  
la interpresa?

BLANCA  
Él era.

MANRIQUE  
¡Ah, cielos!  
¡Quién sabiéndolo, estorbara  
su muerte, o su prisión!

BLANCA  
¿Cómo?

MANRIQUE  
Como a mi industria, frustrada  
su cautela, y avisados  
los vecinos, dieron arma  
en los leoneses, a quien  
dentro ya de las murallas  
no quedó defensa alguna.

BLANCA  
¡Oh, una y mil veces mal haya  
mi noticia!

MANRIQUE  
¡Oh, una y mil veces  
mal hubiese mi ignorancia!  
Pues si él queda preso, o muerto,  
me quedo yo con la infamia  
de retado, él sin castigo,  
y mi enojo sin venganza.

BLANCA  
¿Y eso sólo sientes?

MANRIQUE  
Sí;

porque cuando un noble guarda  
a su enemigo la vida,  
es sólo para quitarla;  
y esta atención noble y cortesana,  
piedad cruel es, pero muy hidalga.

BLANCA

¡Ah, traidor Manrique!

REY

(Al paño.) ¡Cielos!  
Cuando a divertir bajaba  
a estos jardines comunes  
a mi cuarto y al de Blanca  
mis penas, miro, no sólo  
que con el villano habla,  
sino que a solas los dos  
ella Manrique le llama:  
el secreto he de apurar  
retirado en estas ramas.

BLANCA

Traidor Manrique, de suerte  
que contra mi sangre airada  
tu saña se muestra.

MANRIQUE

Sí,  
cuando tu sangre me agravia.

REY

¿Qué más desengaño espero?  
¡El pecho en celos se abrasa!

*Escena X*

Dichos, y sale el ALCALDE y VILLANOS.

VEJETE

¿Aquí decís que entró?

GIL

Sí:  
mas mira, alcalde, no hagas  
una mala fechoría

en palacio.

VEJETE

Pues en casa  
del rey, decidme ¿no tiene  
jurisdicción esta vara?  
¿No es suya? Vive Dios, que hoy  
he de hacer una alcaldada.

MANRIQUE

Tu hermano.

TODOS

Daos a prisión.

MANRIQUE

Como traidora canalla.

*Escena XI*

Dichos, y sale CASILDA, y después MANRIQUE y el REY.

CASILDA

Aquí diz que entró mi Juan:  
¿mas qué es esto? Ay que le agarran:  
ay que no puedo casarme.

(Sale MARÍN.)

MARÍN

¿De qué da gritos muesama?  
¿Pero qué es esto?

MANRIQUE

¡Ay traidores!

BLANCA

¿Cómo vuestra furia osada  
profana así me decoro?

VEJETE

¿Pues qué coro le profana  
si le prendo en un jardín?

BLANCA

¿Quién lo manda?

(Sale el REY.)

REY  
El rey lo manda.

VEJETE  
Manda el rey y mando yo.

MARÍN  
Como quien no dice nada.

CASILDA  
¡Ay, Juan mío! Si te ahorcan,  
¿con quién casaré coitada?

BLANCA  
¿Vos, señor, lo mandáis?

REY  
Sí,  
que con poner su garganta  
a un cuchillo...

BLANCA  
¡Ay de mí triste!

MANRIQUE  
La suerte está declarada.

REY  
Quiero yo satisfaceros  
a las quejas que le dabais.

MARÍN  
O que bien entrara aquí  
el hacer la patarata  
del desmayo y la locura;  
pero ya haya quien le enfada.

REY  
¿Qué aguardáis?. Llevadle presto.

*Escena XII*

Dichos, y sale el CONDESTABLE.

CONDESTABLE

Dadme, señor, vuestras plantas.

REY

¿Pues qué es esto?

BLANCA

Como pudo...

MANRIQUE

¿Si dentro del muro estaba,  
ya librarse?

CONDESTABLE

Esto es, señor,  
que la empresa malograda,  
porque el traidor confidente  
no cumplió bien su palabra,  
tus soldados...

REY

Bien está,  
ya se conoce en qué paran  
cautelos que no se logran,  
y no quiero que se añada  
a la pena de perderla  
el enfado de escucharla:  
hoy todo es penas; mas ya  
que llegáis, haced que vaya  
a una torre don Manrique.

CONDESTABLE

¿Don Manrique? ¡Pena extraña!  
¿Cielos, no es éste el villano  
a quien delirios le daban?

CASILDA

¿Qué den en esa locura?  
Ve aquí como se dilata  
mi casamiento.

MANRIQUE

Primero

advertid que está retada  
mi persona, y que para hoy  
señalasteis la estacada,  
concedisteis el seguro,  
siendo árbitro en esta causa;  
y que hoy he de lidiar, pues  
para asegurar mi fama,  
y estar hoy en este sitio  
tengo vuestra salvaguardia.

VEJETE

Yo no he ahorcado ninguno  
desde que tengo la vara,  
y he saber a qué sabe.

MARÍN

No haga tal, que en tal baraja,  
no tiene un preso buen juego,  
cuando una muerte le fallan.

CONDESTABLE

Pues, señor, en vuestro nombre  
le tengo ya asegurada  
la campaña, y si rompemos  
la fe pública, se falta  
al derecho de las gentes:  
demás, de que aventurada  
queda mi opinión, a que  
moteje alguna ignorancia,  
o alguna malicia diga:  
que cuando él sacó la cara,  
no excusé yo su prisión,  
por excusar su batalla.

REY

Aunque pudiera a todo eso  
responder, que antes estaba  
él aquí oculto, y no vino  
con fe de la salvaguardia,  
he de conceder el campo,  
porque más justificada  
mi ira proceda, después,  
veamos como se descarga  
de la acusación impuesta.

MARÍN

Ve, pues, a ocupar la valla.

MANRIQUE

Voy, adonde si una vez  
me presento en la campaña  
a pie: porque de los brutos  
la ligereza no valga,  
vestido el cuerpo de acero,  
con la pica y con la espada,  
que son armas que señalo,  
sabrán, Castilla y España,  
sabrán el mundo, y verá el cielo,  
que don Manrique de Lara  
es buen caballero, y que  
cuando al rey Alfonso guarda,  
ha sabido ser leal,  
a Dios, al rey y a la patria.

(Vase.)

REY

Yo a ser el árbitro voy.

BLANCA

Señor.

REY

No me digáis nada,  
que cuanto por él pidiereis,  
fomentaréis más mi saña.

(Vase.)

CONDESTABLE

Aunque ésta, Blanca, es gran pena,  
en albricias puedo darla,  
pues me excusa otra mayor.

BLANCA

¿Mayor?

CONDESTABLE

Sí, pues me obligaba,  
si no saliese Manrique  
a lidiar con una dama,  
y dama que; pero ahora

esto que te digo basta,  
que a esperar voy en el sitio  
con las armas que señala.

(Vase.)

BLANCA

¿Lidiar con dama? Esto es hecho;  
Elvira sale restada  
al duelo, y pues otra vez  
habemos sido contrarias,  
yo también saldré, no piense  
Elvira que es más bizarra;  
pues con esto, aunque otra vez  
lo diga, veré si halla  
modo mi discurso allí,  
de embarazar que combatan:  
a espacio pesares, a espacio desgracias,  
que aún no me dais tiempo  
para sentir tantas.

(Vase.)

VEJETE

Vamos de aquí, que he quedado  
muy fresco con mis bravatas:  
bravo alcalde soy, no en vano nos llaman,  
alcaldes de aldea, justicia ordinaria.

*Escena XIII*

CASILDA y MARÍN.

CASILDA

¿Di Marín, esto es de veras?

MARÍN

Pues dime, Casilda, boba,  
¿no has entendido la troya?  
¿Es posible que creyeras  
que era sastre?

CASILDA

¡Ay qué tormento!

MARÍN

¿Qué tienes, necia, importuna?

CASILDA

Ay que me alegro con una  
retención de casamiento,  
¿que yo no ascienda a casada,  
cuando ha tanto que servía  
de doncella que pedía  
ser doncella reformada,  
por doncella me persigan?

MARÍN

Ya el alabarte es exceso.  
de doncella: amiga eso  
mejor es que otros lo digan;  
y pues ves que te he querido,  
y ha tres meses, que diciendo  
ando, que me estás queriendo.

CASILDA

Pues di, pícaro: atrevido,  
¿tú me confiesas amor?

MARÍN

¿Seré yo el primer criado,  
boba, que haya galanteado  
la dama de su señor?  
¿Y más, cuando ya no espera  
en el mío tu hermosura  
ver lograda una locura?

CASILDA

Ni yo seré la primera,  
que los traiga entretenidos,  
y que a veces alternados,  
quiera amo, a ratos ganados,  
criado, a ratos perdidos.

MARÍN

¿Luego me quieres, mujer?  
Dilo, para que te abrace.

CASILDA

Mira, mucha fuerza me hace  
no haber otro a quien querer;

que la dama más severa,  
y de desdén más tirano,  
a un zurdo querrá, si a mano  
no tiene otro que la quiera.

MARÍN

Quiéreme, Casilda mía,  
que yo solamente aquí  
te suplico, que por mí  
te mueras en cortesía.

CASILDA

Mira, el que tiene caudal,  
de querido, ha de preciarse;  
que el pobre ha de contentarse,  
con que no le quieran mal.

MARÍN

Tú, que estás hecha a tener  
a Manrique por cuidado,  
¿has de admitir a un criado?  
Quita, ¿qué no puede ser?  
Yo lo dudo, y yo lo niego.

CASILDA

Muchas hay muy entonadas,  
a príncipes enseñadas,  
que van a pícaros luego.

(Clarines.)

MARÍN

Detente, que los clarines  
fin a la platica han puesto,  
pues nos avisan, que ya  
a la valla van viniendo  
los del duelo.

CASILDA

A verlos vamos,  
puesto que son los torneos,  
desafíos, que no importa,  
que antes lleguen a saberlos.

*Escena XIV*

El REY sentado en un trono, y abajo FORTUN, y SOLDADOS, como guardas, y valla puesta en el tablado; y salen CASILDA y MARÍN.

FORTUN

Ya los del duelo, señor,  
la licencia están pidiendo  
Para entrar en la estacada  
a combatir.

REY

Entren luego.

FORTUN

Hágales señal la marcha,  
y vayan entrando dentro.

(Tocan cajas y clarines.)

*Escena XV*

Van entrando por un palenque los PADRINOS, el CONDESTABLE armado de todas armas; después ELVIRA del mismo modo, y después MANRIQUE con varas torneando, toman puestos, y luego entra BLANCA con su PADRINO.

REY

Cuatro vienen, ¿quién serán?

CONDESTABLE

Tres vienen, cuando uno espero:  
¿Qué fuera (¡ay de mí!) que Elvira,  
fuese acaso el uno dellos?  
Que nada de su arrogancia  
dudo.

FORTUN

¿Cuál es, caballeros,  
Manrique de Lara?

LOS PADRINOS

Éste es.

MARÍN

Duplicados, como pliego.

FORTUN

¿Pues hay dos Manriques?

REY

Todos  
alcen para conocerlos  
las viseras.

ELVIRA

Ya la mía  
lo está, y si a decir me atrevo  
que soy Manrique, es verdad,  
pues yo juré defenderlo  
en sus ya difuntas manos,  
y yo solamente puedo  
por él lidiar, contra quien  
le reta después de muerto.  
A cuyo efecto, fiada  
de este leal escudero,  
de San Esteban salí,  
y traigo el rostro cubierto,  
porque al ver mi aliento heroico,  
al choque cruel resuelto,  
que no lidia con las damas  
no dé alguno por pretexto.

CONDESTABLE

¡Qué gallarda bizarría!

MARÍN

Aún no conocen sus fieros.

MANRIQUE

Tu resolución heroica,  
bella Elvira, te agradezco;  
pero aquí a Manrique tienes,  
que sabrá escuchar tu empeño.

ELVIRA

¿Qué miro? ¿Tú eres Manrique?  
¿Cómo puede ser, si muerto  
te toqué yo mesma?]

MANRIQUE

Como  
era un cadáver supuesto;

y porque esto no es de aquí,  
que no me estorbes, te ruego,  
volver por mí.

ELVIRA

No haré,  
que fuera dejar mal puesto  
tu valor, viviendo tú,  
emprender otro tu duelo,  
y más cuando en tu favor  
ya competidora tengo.

BLANCA

Y yo, sabiendo que Elvira  
se introduce en el torneo  
así, para que no piense  
que me excede en lo resuelto  
y bizarro, como porque  
dejamos pendiente un duelo  
en otra ocasión, a hallarme  
de mi hermano al lado vengo.

CONDESTABLE

Aunque tu fineza estimo,  
de tus arrojos me ofendo;  
¿pues cómo?

BLANCA

Aquí, ni aún  
sufrir los enojos quiero,

(Empiezan a batallar, y en quebrando las lanzas  
representan.)

CONDESTABLE

Las lanzas quebradas ya  
lleguemos a los aceros.

(Dentro.)

Arma, arma.

REY

Suspended, parad: ¿qué es esto?

FORTUN

¿Qué ha de ser? Sino que llega  
ejército tan inmenso  
de Castilla, que ocupando  
todo el vecino terreno,  
el aire viene estrechando,  
los montes viene cubriendo.

ELVIRA

Sin duda, que con las tropas,  
ya juntas, marchó resuelto  
el rey, no habiéndome hallado.

REY

¿Qué haré? Pues aunque tenemos  
todo un ejército, parte  
fue a rendir diversos pueblos,  
parte está en las guarniciones,  
y parte en alojamientos.

MANRIQUE

Lo que me toca, es reñir  
hasta quedar satisfecho  
de quien me llamó traidor.

ELVIRA

Y a mí a tu lado.

BLANCA

Teneos,  
que yo estoy al de mi hermano.

*Escena XVI*

Dichos, y salen el REY don ALFONSO, don NUÑO y SOLDADOS.

REY

Yo al oposito saliendo,  
a todos.

ALFONSO

No hay para que,  
que aunque hoy tomando a este  
grueso ejército muestra, supe  
que Elvira faltaba, habiendo  
quien la viese en el camino,

y adivinando su intento,  
en su busca vengo, y cuanto  
ella defiende, definiendo.  
A vos, por tío y amigo,  
sólo suplicaros quiero  
que os volváis luego a León,  
dejando libres mis reinos.

REY

No sólo eso haré por vos,  
sobrino, mas prosiguiendo  
la causa que árbitro juzgo,  
declaro buen caballero  
a don Manrique de Lara,  
y sobre mí toma el duelo.

NUÑO

¿Qué escucho? ¿Vivo es Manrique?

ALFONSO

Don Manrique vive ¡cielos!

MANRIQUE

Vivo está, y a vuestras plantas,  
donde os pido, pues absuelto  
estoy del duelo, que honréis  
con Blanca mi casamiento.

CONDESTABLE

Y yo que, en satisfacción  
de los carteles y el reto,  
me deis a Elvira.

LAS DOS

Yo soy feliz.

ALFONSO

Yo lo concedo,  
y aún más he de honraros, pues  
a vuestra tutela vuelvo.

REY

Venzámonos, desengañados.

CASILDA

Pues yo, entre tantos enredos,

no he de quedar sin casarme.

MARÍN

Puesto que tema lo has hecho,  
daca acá esa mano.

CASILDA

Toma.

TODOS

Porque tenga fin con esto,  
en el sastre del Campillo,  
duelos de honor y de celos.

El rey don Fernando de León retenía injustamente en su poder al rey niño Alfonso, no obstante haber declarado su padre por testamento que fuese tutor del infante don Manrique de Lara, alegando su cualidad de tío. Manrique acompañado de Nuño Almegir, consigue robar al niño, y perseguido por el rey, el condestable y su gente, huye al Campillo, y encuentra en su marcha a Blanca, hermana del condestable, y prometida esposa suya, a la que refiere la situación apurada en que se encuentra, y despidiéndose de ella, prosigue internándose por la espesura. Verificase en su fragosidad la muerte de un villano, a cuya defensa había acudido Manrique con su criado, retirando a sus enemigos, y por lo que puede explicarse el moribundo, reconoce en él a un hermano bastardo suyo, que apasionado de una villana se había casado con ella, y ejercía en el Campillo el oficio de sastre. Apretado por las circunstancias se pone los vestidos del difunto, y viste al cadáver con sus arneses y espada. El rey y el condestable, que seguían el alcance a don Manrique, le juzgan muerto, y disponen se le hagan honrosas exequias, cuando sobreviene doña Elvira, hermana de don Manrique, defendiendo la acción del robo del infante, y retando a los leoneses que la habían graduado de traición. El Condestable, prendado en aquel mismo momento de su gentileza, recoge el guante, pero conocida por Elvira su intención, no quiere volverle a tomar de su mano. Entretanto Manrique pasa en el Campillo por su difunto hermano, casado con la villana Casilda, lo que produce escenas de celos de Blanca, que ignora los antecedentes de Manrique respecto a ésta, por notar que el rey la mira con afición; y pasos muy cómicos entre Manrique, que tiene que fingirse sastre, y además loco, y su supuesta mujer, y el monarca. Trata Manrique de huir a Castilla: es descubierto; pero el rey no quiere que por de pronto se le castigue, en atención a Blanca, y a la esperanza de saber de él el paradero de Alfonso rey niño, mandando al condestable que rete públicamente de traidor a Manrique, seguro de que si existía no dejaría afrentado su nombre; con lo que el condestable se ve en el compromiso de ofender al hermano de la que ama. Dispone el rey una batida, sabiendo que es cosa de que gusta Blanca.

Elvira se embosca con Nuño y los castellanos en el mismo sitio Manrique es preso por la justicia ordinaria, como asesino del villano encontrado en el bosque, y por Fortun y la tropa, a la que primero se entrega, y después acuchilla. Trábase la lid entre castellanos y leoneses, y Manrique después de haber impedido la lucha entre Elvira y Blanca, se

ausenta. Avisado Manrique por Blanca de que el rey sabe por un castellano que se oculta al infante don Alfonso en San Esteban de Gormaz, y que se ha ofrecido entregarle la plaza en la noche siguiente, roba la seña, mata al traidor y descompone el proyecto del rey de León, volviendo inmediatamente al Campillo a satisfacer el reto del condestable.

Entran en el palenque cuatro combatientes en lugar de dos que se aguardaban: manda el rey que se levanten las viseras para ser conocidos, y se descubren ser Elvira, Manrique, Blanca y el condestable. En esto sorprende el ejército castellano con el infante Alfonso a su frente, a los leoneses, declarando a su tío que habiendo notado la ausencia de Elvira, venía en su ayuda, y a defender cuanto ella defendiese, y que le suplicaba se volviese a León y dejase libres sus reinos. El rey don Fernando accede, y como árbitro del duelo declara buen caballero a don Manrique de Lara, casándose éste con Blanca, y el condestable con Elvira.

Esta comedia pertenece al género histórico, y no es de las que más quebrantan, entre las antiguas, los preceptos dramáticos: hay bastante dibujo en los caracteres, y los personajes episódicos salen del fondo de la acción. Parecerá quizá a algunos que es fácil la invención de la fábula con el ardid de un trueque de vestidos, o el fingimiento de demencia; pero estos resortes en manos maestras saben alucinar y hacer olvidarse de ellos al más sutil observador, que en el acto de la representación ya no repara en mesa ni en castañas, sino en el camino del desenlace a que le conducen. Véase sino qué afectos no producen las escenas en que Manrique se mira más y más expuesto por su mismo disfraz. Los celos de la amable Blanca en oposición de las sandeces de la villana Casilda, y otros incidentes que dimanar sin notable violencia de la semejanza en semblante de Manrique y su hermano. El autor supo realzar mucho el interés que inspira el protagonista con la escena de la toma de la seña en el muro de San Esteban. Lo arriesgado de la empresa, el silencio de la noche, interpolado con la música triste que lamenta la muerte del héroe, redobla la expectativa del resultado de la acción, y estos cuadros bien trazados son siempre patéticos y (perdóneseme el término) conmovedores.

La mayor parte de la versificación de esta pieza, es un romance octosílabo y el que constituye la contraseña el siguiente:

Con la sangre de Manrique  
cuando del susto se quedan  
descoloridas las rosas,  
se encienden las azucenas.

¡Ay qué dolor, qué rigor, qué pena!  
Traiciones vivas, y lealtades muertas.  
Dióle la muerte un traidor,  
cuando en un caballo vuela;

pues a una muerte alevosa,  
quien más huye más se acerca,  
¡ay qué dolor! Qué rigor, qué pena,

traiciones vivas, y lealtades muertas.

FIN